



V Certamen Nacional de Relatos
**En mi verso
soy libre**

Relatos 2012

**Coordinadores: José Emilio Linares Garriga
Raquel Pulido Gómez**

V CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2012

V CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2012

Coordinadores:

Raquel Pulido Gómez

José Emilio Linares Garriga



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo

Promueve:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Dirección General de Planificación y Ordenación Educativa

Edita:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística
www.educarm.es/publicaciones
Con la colaboración de la Fundación Antena 3
- © Del prólogo:
Soledad Puértolas.
- © De los textos:
Los autores.
- © De las ilustraciones:
De la cubierta: Laura Cerdán Sandoval; del interior: los autores.
- © Del CD::
Grabación y edición de audio: Jesús López Mondéjar
Música de cabecera: Pedro J. García Gambín
Fondos musicales: Pedro J. García Gambin, Jorge Mellado Benito, Pablo Arturo Diez Gómez.

Voces de narración: Raquel Pulido Gómez, Pilar Carrasco Lluch, Isaac Aledo Bernabéu, María José Piqueras González, Manuel Alcaraz Quiñonero Aurora Gil Bohórquez, José Blas García Pérez, Paco Cáovas Muñoz, Francisco Ballester Hernández, Laura Cerdán Sandoval, María Cánovas Muñoz, José Carlos Vicente López, Engra Robles Rey, Candela Puche Díaz, Concepción Martínez Romero.



Creative Commons License Deed

La obra está bajo una licencia Creative Commons License Deed.
Reconocimiento-No comercial 3.0. España.

Se permite la libertad de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones de reconocimiento de autores, no usándola con fines comerciales. Al reutilizarla o distribuirla han de quedar bien claros los términos de esta licencia.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

1ª Edición, Abril 2012

ISBN: 978-84-695-3055-9

Depósito Legal: MU-398-2012

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: FG Graf, S.L.

fggraf@gmail.com

Índice

Prólogo 15

CATEGORÍA A

La estrella sin estrella 21

Gabriel Cardelo Salido.

Ilustración: Francisco Riquelme Mellado.

Narración: Raquel Pulido Gómez.

El resfriado de “El Cigala” 25

Pablo Leal Díaz.

Ilustración: Teresa Navarro Navarro.

Narración: Isaac Aledo Bernabéu.

El arte mágico 29

Iñaki de Grooff Marín.

Ilustración: Ascensión García Pérez.

Narración: Pilar Carrasco Lluch.

Me alimento 33

Paula Prado Cambeiro.

Ilustración: M^a Dolores López Martínez.

Narración: Pilar Carrasco Lluch.

La imaginación 37

Oriana Salinas Márques.

Ilustración: Joaquina López Alarcón.

Narración: Isaac Aledo Bernabéu.

El trompetista super desastroso	41
Enaitz Pérez Casas.	
Ilustración: M ^a Lucrecia García Ramos.	
Narración: María José Piqueras González.	

CATEGORÍA B

Un concierto extraño	47
Javier Hernández Osuna.	
Ilustración: Alvaro Peña.	
Narración: Manuel Alcaraz Quiñonero.	
Los cisnes de Julia	53
Cristina Álvarez Diego.	
Ilustración: Carlos Arellano Ferrer.	
Narración: Aurora Gil Bohórquez	
El barco volador	59
Ismael Guillermo Pérez.	
Ilustración: Adrián Guillermo Pérez.	
Narración: José Blas García Pérez.	
El pintor asesinado por su arte.....	67
Kevin Julián Jacome Lozano.	
Ilustración: Juan Fran Martínez Martínez.	
Narración: Francisco Cánovas Muñoz.	
Cuento de navidad: “Egoitz, un niño normal”	71
Pedro Gonzalo Andino Aguinagaldromalde.	
Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán.	
Narración: José Emilio. Linares Garriga.	
La tristeza de Goya.....	77
Cristian García Clemente.	
Ilustración: Mónica Meoro Avilés.	
Narración: Francisco Ballester Hernández.	

Las vacas gordas.....	81
Adrián Hernández Pascual.	
Ilustración: Francisco Victoria Jumilla.	
Narración: María José Piqueras González.	
La historia de mi vida.....	85
Carolina Lisbeth Espinosa López.	
Ilustración: Catalina Enrique Jiménez.	
Narración: Laura Cerdán Sandoval.	

CATEGORÍA C

Cartas desde el hospital.....	93
Rebeca Castiñeira Cuenca.	
Ilustración: Miguel Ángel García Córdoba.	
Narración: María Cánovas Muñoz y José Blas García Pérez.	
La imagen borrada.....	103
Manuel Salinas González.	
Ilustración: Asís Pazó Espinosa.	
Narración: José Carlos Vicente López.	
Ausencia de diciembre.....	109
Paola Fernández Garcimartín.	
Ilustración: Carmen Osete Henarejos.	
Narración: Engra Robles Rey.	
El robo del stradivarius.....	117
Inés Palacín Pena.	
Ilustración: Albert Alsina Cerdán.	
Narración: Candela Puche Díaz.	
El último suspiro.....	127
Triana del Real Fernández-Bada.	
Ilustración: Miguel Alemán Moreno.	
Narración: Roberto Pujol Sáez.	

Aprendiendo a escuchar 133

Arantxa Gil Martín.

Ilustración: Elena Sánchez Solís.

Narración: Concepción Martínez Romero.

Aulas Hospitalarias participantes en el V Certamen Nacional de
Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2012 137

Prólogo

Dentro de los programas que llevan a cabo las Aulas Hospitalarias, el Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”, que ya va por su quinta edición, ocupa un lugar especial. La iniciativa, cuyo propósito es estimular la creación artística de los alumnos, tiene cada vez más eco y está dando alentadores frutos. No podía ser de otra manera. Quienes hemos hecho de la creación artística el fundamento de nuestra vida sabemos bien que los beneficios y alegrías que procura compensan con creces sus penalidades y que, en situaciones de dificultad, la creación proporciona un gran consuelo y supone una enorme ayuda.

Los relatos ganadores del Certamen, junto con otros que han sido seleccionados por el jurado, son ejemplo de los diversos caminos que puede emprender la imaginación. Sus autores, alumnos de las Aulas Hospitalarias, han explorado en ellos unos territorios que, muy acertadamente, a propuesta del jurado, están relacionados con diferentes aspectos del proceso artístico. La imaginación, apoyada en la palabra, crea espacios nuevos y siempre originales, porque la huella que cada persona imprime en el lenguaje es única. Esta es la magia de la creación literaria, tan justamente expresada en el lema que da título al Certamen, “En mi verso soy libre”.

No hay duda de que la experiencia de la creación ha mostrado a los alumnos posibilidades en las que quizá no habían pensado antes y que la libertad a la que han accedido se guardará en su interior como la idea de una meta por la que merece la pena luchar porque, efectivamente, se puede conseguir. Se puede, al menos, presentir.

Entre los relatos de la categoría A, escritos por alumnos cuyas edades están comprendidas entre los seis y los nueve años, el jurado ha querido destacar la fuerza de la imaginación al otorgar el premio a “La estrella sin estrella”. “Tenía en mi imaginación todos los colores”, nos dice, con fuerza expresiva, el autor de “La imaginación”, también de esta categoría. Creo que la frase resume a la perfección este gran don de la mente que, al ser expresado, parece una gran revelación. Los otros relatos seleccionados se mueven en esta línea.

En la categoría B, que recoge los relatos escritos por alumnos cuyas edades van de los diez años a los trece, el relato ganador ha sido “Un concierto extraño”, que desarrolla con sobresaliente acierto y poesía una idea que está en la base de la creación artística, los límites confusos entre el sueño y la realidad. En los otros relatos destacados se tratan asuntos muy diversos. Hay sentidos homenajes a los libros, a la pintura y a la música, se ensalza el momento y el valor de la inspiración, se explora en el misterio y en la enfermedad, se engarzan las historias, se incluye una dentro de otra... Los relatos son un rico muestrario de los diferentes aspectos de la creación artística.

En los relatos de categoría C, escritos por alumnos que tienen entre catorce y diecisiete años, el ganador, “Cartas desde el hospital”, plantea con gran expresividad el difícil momento del ingreso en el hospital. “Me sentí agobiada e intimidada por ver tanta gente a mi alrededor”, declara la narradora. Sus palabras nos hacen pensar. El

resto de los relatos seleccionados esbozan historias bien trabadas, siempre relacionadas con el arte, la poesía, la pintura y la música, muy bien representada en esta categoría.

Resulta de enorme interés comparar los relatos de las diferentes categorías. Los de la A, que engloba a los alumnos más pequeños, tienen, como es lógico, un tono más inocente y contienen, fundamentalmente, una sola idea principal. Los relatos pertenecientes a la categoría B, cuyos autores se encuentran en el mismo umbral de la adolescencia, son, quizá, los que tratan asuntos más diversos. Es el estallido de la curiosidad, la importancia del misterio, la atracción hacia los asuntos que escapan a la razón. Los relatos de la categoría C, escritos en plena adolescencia, en el umbral de la juventud, revelan más complejidad, más perplejidad. El ganador, sin duda, nos invita a poner en cuestión el trato dado a la adolescente protagonista. El mundo adulto supone una amenaza a la vez que una meta.

Cualquier persona interesada en la evolución psicológica del ser humano encontrará en este libro una materia de especial importancia. La literatura, entre otras cosas, es un espejo del alma humana.

Por lo demás, no me cabe duda de que los lectores del libro disfrutarán con estas historias, algunas de las cuales son emocionantes. Estoy segura de que no pocos de ellos se sentirán estimulados, como sus autores, a aventurarse por alguno de estos caminos o, al menos, a considerar la importancia de lo artístico en nuestras vidas, más aún, cuando nos vemos obligados a vivirlas en circunstancias difíciles, con limitaciones e incluso con dolor. La creación artística siempre ha expresado la complejidad de las emociones y la ilimitada dimensión de la ambición y de los sueños.

Soledad Puértolas

Pozuelo de Alarcón, marzo 2012

En Murcia, a 5 de marzo de 2012, bajo la presidencia de Doña Raquel Pulido Gómez, se reunió el Jurado correspondiente al V Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre” formado por

Dña. Ana M. Ferrer Mendoza

Dña. Pilar Carrasco Lluch

Dña. Concepción Martínez Miralles

Dña. Rocío Lineros Quintero

Dña. Marisa López Soria

Dña. Aurora Gil Bohórquez

El fallo de dicho Jurado concedió los premios a la presente edición a:

Categoría A. Entre 6 y 9 años:

“La estrella sin estrella” de Gabriel Cardelo Salido, alumno del Aula Hospitalaria del H.U. Santa Lucía, Cartagena. Murcia

Categoría B. Entre 10 y 13 años:

“Un concierto extraño” de Javier Hernández Osuna, alumno del Aula Hospitalaria de Alorcón, de la Fundación Hospital de Alorcón. Madrid.

Categoría C. Entre 14 y 17 años:

“Cartas desde el hospital” de Rebeca Castiñeira Cuenca, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital “Niño Jesús”, de Madrid.

CATEGORÍA A

(de 6 a 9 años)

La estrella sin estrella

Gabriel Cardelo Salido

Aula Hospitalaria H.U. "Santa Lucía" (Cartagena)

Había una vez una niña que se llamaba Estrella que quería ser una estrella de circo, como su madre, su padre y sus hermanos. Pero Estrella no tenía ningún talento, ni como acróbata, ni como equilibrista, ni tampoco como adiestradora de leones. Un día, Estrella se encontró con una furgoneta. De repente oyó un pitido y vio que de la furgoneta salía un señor.

- Hola, tú eres Estrella, ¿no? Yo soy el señor Poss.
- ¿Y cómo sabes que soy Estrella?
- Porque mi reloj avisa-clientes me lo dijo -respondió el hombre.
- ¿El reloj avisa qué?
- Avisas-clientes. Acabo de llegar de Monte Espino.
- ¿Y por qué estás aquí?-preguntó la niña.
- Porque tenía que venir. He tenido un *deja vú* y he visto que si venía aquí, iba a encontrarme con alguien que me necesita, ¿eres tú?
- Me gustaría ser artista -dijo Estrella.
- Pues toma, unta esta mermelada en las tostadas cada mañana.

Estrella se fue muy contenta de haber conocido al señor Poss, aunque miró la etiqueta de la mermelada, para ver si tenía efectos secundarios. Estrella desayunó todas las mañanas tostadas con mermelada, hasta que el frasco se terminó. Mientras tanto, ella seguía intentando convertirse en una estrella de circo, pero nada.

Un día, subió la azotea con un *sacapompas* que le había regalado su abuelo hacía tiempo. Estrella pensó: "¿Por qué todas las pompas son redondas y no cuadradas?" De repente, Estrella vio que le salió una pompa cuadrada, otra con forma de estrella, de árbol... así hasta que se le acabó el agua del *sacapompas* y a Estrella le entraron ganas de llorar. Entonces apareció el señor Poss y le prestó sus gafas aguanta-lágrimas. El señor Poss le preguntó:

- ¿Qué te pasa?
- Que se me han acabado las pompas.
- ¿Y por eso lloras? -preguntó el señor Poss.
- Es que no sé si tengo que echar agua de mar o de lago para que me salgan las pompas con las formas que yo quiero.
- No es necesario nada de eso, puedes usar cualquier tipo de agua. Las pompas salen de la forma que tú piensas porque la mermelada mágica te ha dado un talento.
- ¿Y cuánto me durará ese efecto?-dijo Estrella.
- Lo que tú quieras que te dure.
- ¡Gracias, señor Poss!

Estrella abrazó al señor Poss y él, de la emoción, se puso a llorar. Estrella le prestó las gafas aguanta-lágrimas y le regaló una entrada para su espectáculo en el circo.



El resfriado de “El Cigala”

Pablo Leal Díaz

Aula Hospitalaria H.U. “Santa Lucía” (Cartagena)

Érase una vez un guitarrista llamado *El Cigala* que tuvo una época dorada. Era un hombre que hacía canciones espectaculares. Un día pilló un resfriado y no podía cantar. Pero luchó contra el resfriado y se puso bueno. *El Cigala* lo celebró haciendo una canción *chulísima*. Se fue a Manchester y se hizo todavía más famoso.



El arte mágico

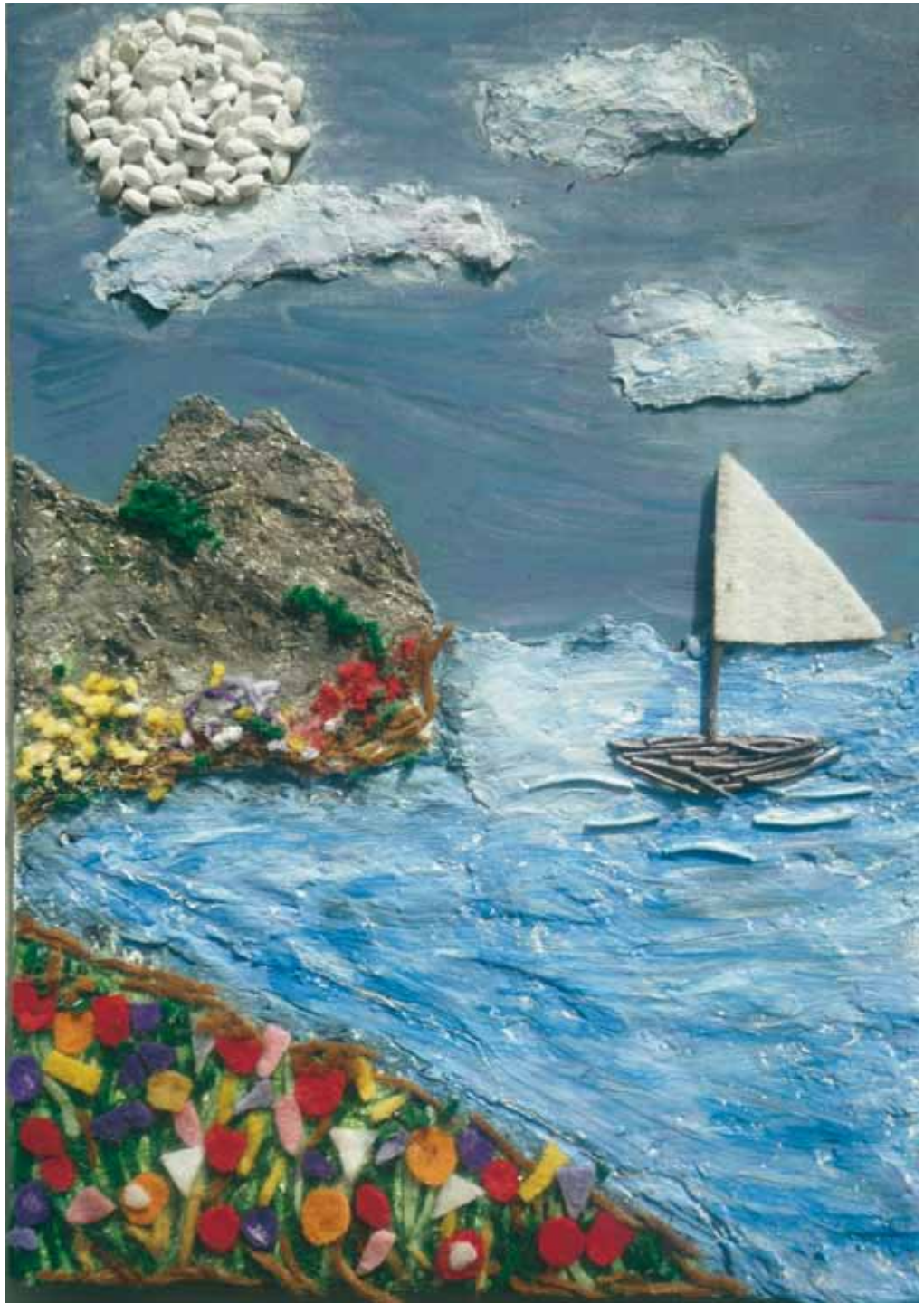
Iñaki de Grooff Marín

Unidad Pedagógica. Hospital Universitario "La Fe". (Valencia)

Había una vez tres pintores: Noquio, Alberto y Charley, que eran muy buenos amigos. Cada uno dibujaba o pintaba de una manera. Noquio hacía figuras de barro, Alberto dibujaba en papel y Charley hacía arte con comida. Un día vieron un cartel que decía: *Concurso de arte mágico*. Después de leerlo, Charley dijo a los demás:

- Tenemos que hacer una obra de arte entre todos.
- ¿Cómo? –preguntó Alberto.
- ¡Ya lo tengo! –dijo Noquio, y se lo explicó a sus amigos.

Cogieron barro para hacer las olas, papel para hacer las flores de colores y comida para decorar. Por la noche, la obra cobró vida: las olas se movían y las flores tenían más color que nunca. El día del concurso, el jurado se quedó boquiabierto al ver aquella maravilla. Todos aplaudieron la magia de los artistas y les concedieron el premio. Nuestros amigos fueron tan felices que pintaron perdices.



Me alimento

Paula Prado Cambeiro

Aula Hospitalaria Xeral-Cies. (Vigo)

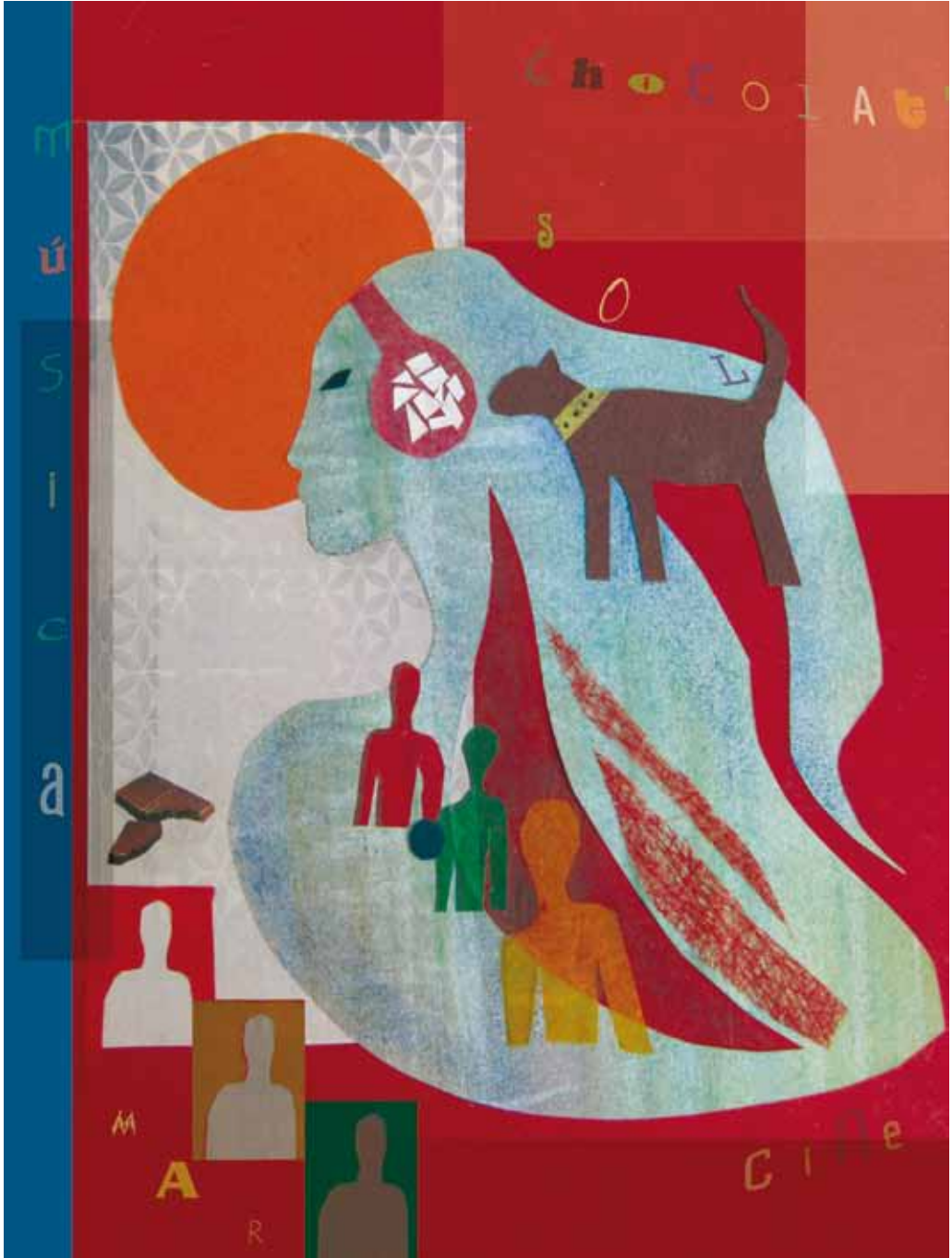
Me alimento de piña, espaguetis, pizza, patatas fritas, lechuga, berenjena, pan, fruta y, sobre todo, de chocolate. ¡Me encanta el chocolate! Me gusta el chocolate negro, con leche, con almendras, el chocolate blanco, los bombones, las chocolatinas... También me alimento bebiendo agua, zumos, *Coca-cola* y *Nestea*.

Me alimenta lo mucho que me quieren mi padre, mi madre, mis amigas y hasta el perro.

También me alimento del sol, de los baños en el mar y del aire fresco que respiro.

Pero hay otros alimentos sin los que no puedo pasar, sin ellos me moriría: la música, el cine, mis películas preferidas, mis libros y el baile.

Me dicen continuamente cómo me tengo que alimentar, todo lo que puedo o no puedo comer, lo que es una alimentación sana, todo lo que tengo que hacer para cuidarme y no estar enferma. Pero no me dicen como tengo que alimentarme para ser feliz, aunque yo si lo sé: estar con mis amigas, bailar, escuchar mi música, ver mis *pelis* y leer mis libros. Así, soy feliz.



La imaginación

Oriana Salinas Márques

Aula de Pediatría del Hospital Universitario "Virgen de la Arrixaca". (Murcia)

Cuando el pintor llamado Rusbel piensa en su cuadro, se lo imagina en su cabeza. Piensa en sus colores, en su tamaño... Pero nunca piensa si se va a secar rápido.

Rusbel es de cabello negro y tiene los ojos de color miel. Le gusta vestirse de manga corta y llevar zapatos marrones. No le gustan mucho los caramelos, ni tampoco los chocolates. Lo que sí le gusta es el fútbol.

Cuando pinta, no tiene ningún problema. Tiene un tarro de cristal lleno de agua, donde moja sus pinceles, de distintos tamaños y formas.

Cuando estaba en el hospital, a mí me pasaba como a Rusbel con sus obras. No podía verme la herida que tenía, pero me la imaginaba en mi cabeza y quería que se me secara rápido para irme a Ecuador. Quería que me quitaran todos los tornillos, correr, saltar, jugar... poder ser como era antes. Tenía en mi imaginación todos los colores como los pinceles de Rusbel, aunque a veces los veía borrosos.

Rusbel pinta paisajes de la selva y yo me imagino jugando con mis amigos entre los verdes, marrones, naranjas, azules y rojos.



El trompetista super desastroso

Enaitz Pérez Casas

Centro de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria
H.U. Marqués de Valdecilla (Santander)

Un día, a un músico se le rompió la trompeta. Ya no podía tocar. Tiró la trompeta a la basura. Intentó comprarse otra pero no tenía suficiente *pasta*. No sabía que hacer. Esperó, esperó y esperó, pero cada vez la trompeta era más cara.

El trompetista volvió a ir a la tienda para ver si ya había bajado de precio. Entonces se cayó a un pozo y perdió la memoria. Pensó que era el rey de Francia. Salió del pozo y se fue a Francia, pero no entendía nada de lo que decían. En Francia se volvió a caer a un pozo, con una trompeta mágica. Cuando tocaba, lo hacía súper bien, mejor que antes.

Y colorín *colacado* este cuento se ha acabado.



CATEGORÍA B

(de 10 a 13 años)

GANADOR CATEGORÍA B

Un concierto extraño

Javier Hernández Osuna

Aula Hospitalaria de Alcorcón. Fundación Hospital de Alcorcón

David estaba nervioso. Se preguntaba qué hacer en la mañana del día del gran concierto que marcaría su carrera. Llevaba más de diez años tocando el piano, pero nunca había tenido un papel tan importante. Él era consciente de que, si le salía bien, su carrera se vería impulsada. Pero también sabía que, un solo fallo, y perdería todo su prestigio. Así que no se arriesgó. Fue al auditorio para ensayar y dar los últimos retoques a su pieza. Según iba llegando a ese enorme lugar lleno de gradas y columnas (con la tétrica ambientación de estilo gótico que tanto caracterizaba al Gran Teatro Musical) iba pensando todas las claves del concierto y todo lo que había pasado para llegar hasta allí.

Un escenario antiguo e imponente, una orquesta con los mejores músicos del mundo, un repertorio de lujo, un público muy selecto... El concierto lo tenía todo para convertirse en el más importante. Y David estaba en el centro de todo eso. ¡Menuda presión! Y es que, aunque llevaba ocho meses ensayando con normalidad, hacía sólo dos semanas que le habían comunicado que iba a tocar una obra competa como piano solista. Y claro,

desde aquel día no había podido hacer otra cosa que ensayar y ensayar. Todos los días, a todas horas. Pero confiaba en que todo su esfuerzo diera sus frutos. Lo que nadie esperaba es lo que iba a pasar en aquel ensayo...

David llegó al teatro a las once en punto, con dos horas y media para ensayarlo todo y dejarlo perfecto. Subió al estrado, preparó todo y se fue detrás del escenario para coger las partituras. Al volver, su sorpresa fue mayúscula. Todas las butacas, antes vacías, estaban ocupadas por personas pálidas y serias, vestidas con una estética del siglo XVIII. Todo el escenario estaba ocupado por unos músicos extraños, casi fantasmagóricos, que se movían como marionetas tocando sin cesar una melodía aburrida, repetitiva y pesada que provocaba en él una extraña sensación de pesadez y de sueño. Como hipnotizado, fue hacia el piano y se puso a tocar y tocar; notas que no podía ni imaginar, melodías imposibles y velocidades sorprendentes, pero siempre acordes con esa adormecedora e incesante canción. El público aplaudía constantemente como si se tratara de muertos vivientes. La música, el ruido y los aplausos retumbaban en su cabeza provocándole un dolor terrible. Entonces, sacó toda su fuerza de voluntad y dejó de tocar. Todo paró. De repente, el público dejó de aplaudir y cambió su expresión seria por una más enfurecida y, después, todos se lanzaron como fantasmas contra David, que no pudo hacer más que salir corriendo, como una exhalación.

A pesar de sus esfuerzos por escapar, empezaba a fatigarse y sus espectrales perseguidores se acercaban peligrosamente a él. Notaba cómo el gélido aliento fantasmal congelaba sus entrañas, impidiéndole huir, y cómo los brazos transparentes le sujetaban sus extremidades y le hacían daño en la piel. Sentía que iba a

morir, su cabeza le daba vueltas y el dolor no le dejaba pensar. Todo había acabado...

De repente, David despertó entre sudores. ¡Se había quedado dormido en un banco y todo había sido un sueño! Se limpió la frente y sonrió felizmente, aunque todavía angustiado. Miró su reloj y suspiró aliviado. Eran las diez y quedaba todo el día por delante hasta el concierto. Esperaba que esta vez sin sobresaltos.

Así pues, David ensayó varias horas –esta vez sin la presencia de fantasmas- y después se fue a un restaurante a comer. Descansó en su casa y, en resumidas cuentas, hizo vida normal hasta una hora antes del concierto. Entonces llegaron las prisas. Se vistió rápidamente, corrió a coger las partituras, dio los últimos retoques a su vestimenta y cogió el autobús que le llevaría al Gran Teatro. En el vehículo le pareció ver a algún miembro del fantasmagórico público de su pesadilla matinal, pero supuso que eran imaginaciones derivadas de su cansancio y del estrés. Así pues, llegó al Teatro. Allí se encontró con el típico ambiente de un día de concierto: muchos músicos hablando entre sí, público selecto adquiriendo sus localidades, el sonoro traqueteo de maletines, carros y fundas de instrumentos, etc. A David le gastaban bromas relacionadas con el hecho de que fuera solista y tuviera el papel más importante de la obra, pero él no estaba de humor para ello; tan solo pensaba en el sueño de la mañana. Había algo que no le cuadraba, pues le sonaba haber oído alguna vez la melodía que tocaba en el sueño, de algún modo le resultaba bastante familiar. También volvió a pensar en el hombre del autobús. Sí, definitivamente ERA uno de esos fantasmas... Pero no, ¡no podía ser! Él estaba en el mundo real, y todo el mundo sabe que los fantasmas no existen. Sin embargo aquel sueño

había sido muy real, la melodía, el fantasma en el autobús, el escenario... todo eso, no sabía por qué, le inquietaba. ¿Por qué le habían venido las preocupaciones de repente? ¿Por qué justo antes del gran concierto? ¿Era el sueño real o no?

La palmada en la espalda de un compañero le sacó de sus ensoñaciones.

-Vamos, tenemos que ir a tocar -le instó el compañero- El concierto está a punto de empezar.

Entonces llegaron al escenario y David contempló horrorizado al público, que no era otro que el de su sueño. Intentó huir pero vio que la mano de su compañero le sujetaba y entonces se dio cuenta de que su "compañero" era realmente otro espectro.

-Debo haberme vuelto a quedar dormido, esto es sólo un sueño -pensó David. Pero esta vez ya no se despertó...



Los cisnes de Julia

Cristina Álvarez Diego

Centro de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria
H.U. Marqués de Valdecilla (Santander)

En la ciudad de Nueva York, Julia, como todas las mañanas, se había despertado con el tremendo alboroto del bebé de los vecinos. Siempre, al levantarse, se tomaba su café con sus dos tostadas untadas con mermelada de fresa casera, que hacía ella en las tardes de verano.

Julia tenía veintiún años. Era alta y tenía un cuerpo delgado que le venía muy bien porque era bailarina. Tenía una larga melena rubia y algo rizada y sus ojos eran verdes y muy claritos. No se enfadaba con facilidad, ya que tenía una gran paciencia.

Bailaba baile moderno en una pequeña academia en la esquina de su edificio, y soñaba con poder llegar a ser una famosa coreógrafa y enseñar todo lo que sabía a otras personas, para que pudieran llegar a ser como ella. Muchos días, al salir de la academia, se pasaba por otras academias en las que necesitaban profesores de baile para ver si la contrataban, por lo menos, para poder llegar a enseñar a otras personas a bailar tan bien como ella.

Por las tardes, Julia siempre solía ir al *Café Creación* a tomarse

un café con sus amigas y hablar de ropa, baile, chicos... Bueno, ya sabéis, ¡de todas esas cosas de chicas! A la hora de volver a casa, le gustaba ir andando porque pasaba por un pequeño parque lleno de árboles, con un estanque en el que había dos cisnes blancos. En las tardes de mucho viento, Julia se sentaba en el único banco del parque, sacaba su libreta y, con el movimiento de los árboles (que era su mayor inspiración) se ponía a anotar nuevos pasos de baile. Cuando el viento cesaba, recogía todas sus cosas y corría cuanto podía para llegar a su casa porque, si el viento se calmaba, significaba que muy pronto iba a llover. Ya en casa, ordenaba todos los pasos que se había inventado, buscaba una música que fuese acorde con ellos y... ¡a ensayar!

A la mañana siguiente, como todos los días, seguía su rutina. Cuando sus amigas la veían llegar a la academia con el CD, su libreta morada y, sobre todo, con una enorme sonrisa en su rostro y unas ojeras que llegaban hasta su boca (de haber ensayado mucho y dormido poco), ya sabían que las musas la habían visitado y no veían la hora de estar ensayando todas juntas para preparar el número y poder ganar el concurso de baile anual de su academia, al que acudían los mejores coreógrafos de Nueva York para obtener nuevas ideas y cazar nuevos talentos.

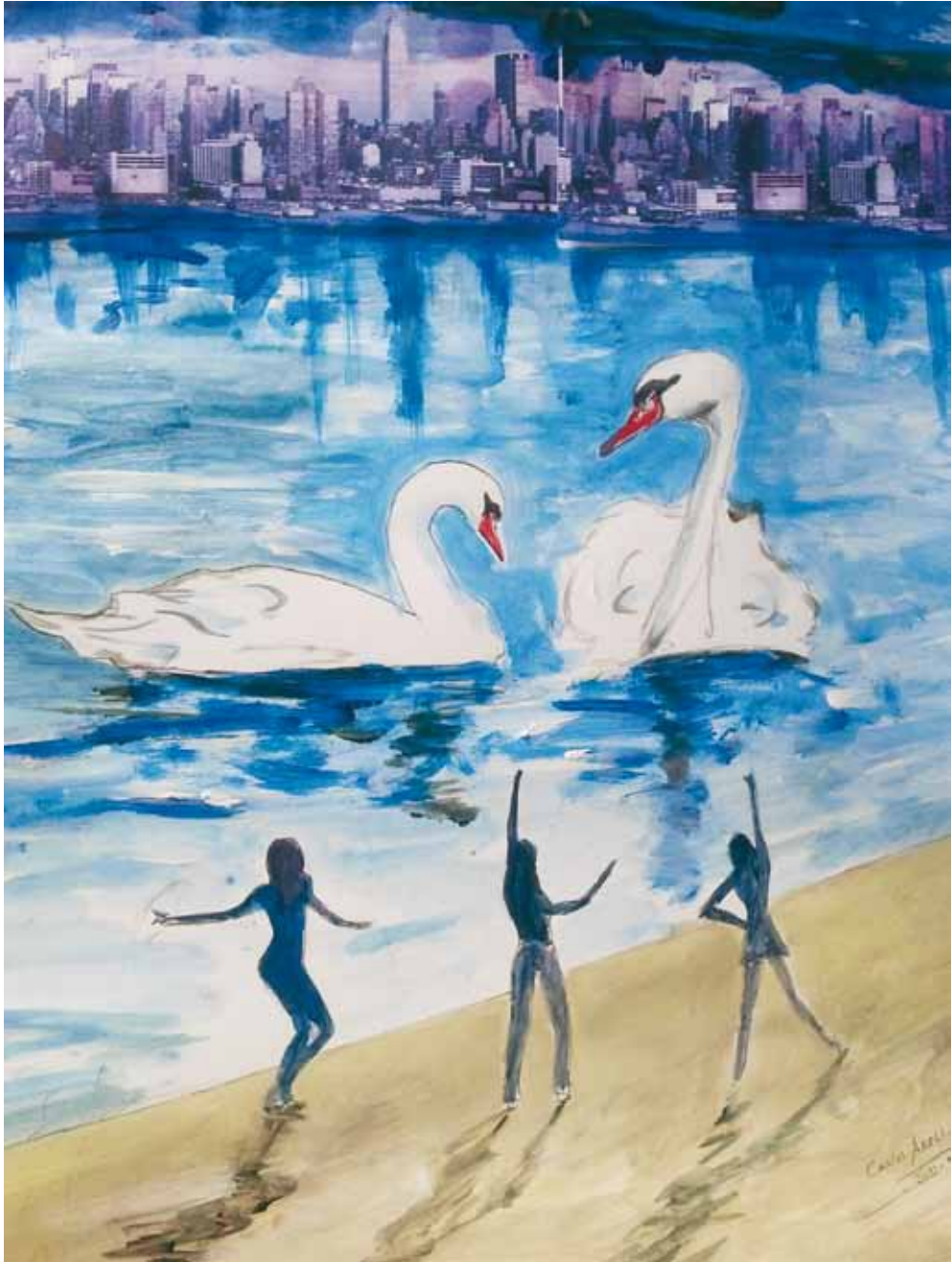
Ya había pasado una semana y en dos horas empezaba el concurso. Julia llamó a todas sus amigas para que fuesen a su casa para prepararse y poder ensayar por lo menos una vez más el baile, pero tenían que darse mucha prisa. Tras acabar de prepararse y ensayar el baile, aun les quedaban media hora y no sabían qué hacer. Cómo estaban muy nerviosas, se pusieron un abrigo y bajaron un poco a la calle para que les diese el aire y así se pudiesen relajar, porque los nervios nunca son buenos. Poco a

poco, la gente iba llegando. Unos reían, otros gritaban e incluso se podía ver a alguien llorar. Todos estos sentimientos eran causados por los nervios que les producía pensar en la posibilidad de ser famosos al día siguiente. Esto hizo que las chicas se pusiesen aun más nerviosas.

Por fin entraron, se sentaron y se pusieron a esperar su turno. Había mucho nivel, por eso no tenían muchas esperanzas, aunque eso es lo último que se pierde. Ya era su turno, al subir al escenario se dieron ánimo mutuamente y lo dieron todo. Pero las chicas pensaban que no habían sido lo suficientemente buenas para ganar, ya que habían cometido algún error.

El jurado ya había deliberado y dio su respuesta. Las chicas no habían conseguido ganar. A la salida, uno de los miembros de jurado fue corriendo hacia el grupo de Julia y les preguntó quién había inventado esa coreografía porque, a pesar de los errores que habían cometido a la hora de bailar, le había parecido buenísima. El hombre le ofreció trabajar para él como coreógrafa. Julia, muy entusiasmada dijo que sí, sin pensárselo un segundo.

Un mes más tarde, Julia ya estaba presentando su coreografía en el Teatro Real de Madrid. Había cumplido su sueño porque, en menos de lo que se imaginaba, se iba a hacer famosa.



El barco volador

Ismael Guillermo Pérez

Aula Hospitalaria H. U. "Virgen de la Arrixaca" (Murcia)

Érase una vez una familia de jirafas altas y listas que vivían en una sabana entre árboles de baobab. A la familia le gustaba leer mucho todo tipo de lecturas. Se componía de cuatro jirafas. La primera era Raúl, el papá, el más intrépido de la familia. Le gustaba leer libros de acción y terror. La segunda jirafa era mamá Eva, la más alta y cariñosa. Ella gozaba leyendo libros de aventuras del desierto. Las otras dos jirafas eran las crías. Paula, muy divertida, con doce años y Francisco, de seis años, muy imaginativo. A Paula le gustaba leer libros de naturaleza y cómics de animales y, a Francisco, lo que le molaban eran los libros de fantasía, hechizos y magos.

Un día la familia jirafa fue a la biblioteca, que estaba en una cueva grande y espaciosa de una montaña. Los libros estaban organizados por colores. Cada libro tenía un gomet rojo, azul, amarillo o verde. Así se distinguía para qué edad estaba indicado el libro.

A la entrada había un mostrador largo en el que cabían hasta tres animales y era atendido por una boa, que era la bibliotecaria,

muy larga, de color marrón. La primera vez que la familia visitó la biblioteca, la boa les convenció de que la lectura era la forma de ser muy sabios.

Ese día, como siempre, cada uno cogió un libro. Raúl eligió *El muñeco viviente sin cabeza*. Eva tomó prestado *El misterio de los cuernos del rey jirafa*. A Paula le encantó *La extinción de los dinosaurios*. Por último, Francisco se decidió por *Las cosas más extraordinarias de la fantasía*.

Después de una agradable mañana de lectura, dejaron en el mostrador los libros que querían devolver y los carnets de la biblioteca, para su sellado, y se marcharon a su casa.

Se les hizo la hora de comer y comieron en familia, comentando con gran entusiasmo los libros elegidos. En casa de las jirafas, la siesta era sagrada, pero no para leer, sino para dormir. Pero a la hora de la siesta se pusieron a leer. Todos parecían muy emocionados, pero ¿sabéis quién estaba más ilusionado? ¡Francisco! Hojeó el índice y, en la página trece, leyó el título de la historia que allí comenzaba: *El barco volador*. Sin más tardanza, comenzó a leer.

“Dice una leyenda que en la montaña más alta de la sabana se encuentra un barco volador destruido por Zeus, ya que su tripulación quiso conquistar hace mucho tiempo el Monte Olimpo. Después de ser destruido por los dioses, éstos trasladaron sus restos a la montaña más alta de África.

Dice la leyenda que quien consiga escalar hasta allí y trepar hasta el barco, podrá vivir en él y viajar por todo el mundo”.

De repente, Francisco cerró el libro con gran estruendo y su

padre, del susto, casi se cae. Su madre le gritó: ¡Así no se tratan los libros! Y Paula reía *por lo bajini*.

Francisco les contó lo que había leído y las tres jirafas rieron. Después les preguntó tímidamente:

- ¿Podemos ir a la montaña?

- ¡No! - dijo su padre.

Luego, mamá jirafa vio a Francisco y dijo a papá jirafa:

- Vamos a seguirle el rollo, al fin y al cabo es el más pequeño.

Y así, los padres decidieron ir a la excursión. Prepararon mochilas con muchos alimentos, ya que la montaña estaba a kilómetros de su casa.

Empezaron a caminar y sobre las nueve de la noche, al oscurecer, acamparon cerca de la montaña alta e inclinada.

A la mañana siguiente, iniciaron la escalada. Hacía un calor horroroso y, a medida que subían, cada vez hacía más frío.

Por fin vieron el barco. Todos se quedaron boquiabiertos, menos Francisco que estaba seguro de encontrarlo.

Subieron al barco. Era fabuloso, parecía mágico. Una vez dentro, algo se movía.

- ¡Estamos volando!

Fran entró en una habitación donde había un cofre. "¿Será un tesoro?", pensó. Inmediatamente llamó a todos:

- ¡Venid! ¡Mirad lo que he encontrado!

Al abrir el cofre encontraron un montón de libros. Se trataba de guías de viaje de todas las capitales el mundo. Pasaron semanas viajando.

El primer viaje fue a Madrid (España). Una vez allí, el barco "aterrizó". Visitaron toda la ciudad. El museo de cera les sorprendió mucho. Los pequeños pensaron que aquellos muñecos estaban vivos.

Después, por deseo de Paula, fueron al Paseo del Prado y recorrieron todas las salas del Museo. El Museo del Prado era uno de los sueños de Paula, pues sabía que allí estaban los mejores cuadros del mundo. Más tarde fueron a un restaurante y cogieron el metro para ir al Santiago Bernabeu. Por la noche se marcharon.

Fueron a París. Raúl dijo que le tocaba elegir a él. Deseaba conocer... ¡la Torre Eiffel! Se acercaron a ella y había muchísima gente esperando.

- ¡Es muy alta! – exclamó mamá.

Hicieron cola hasta la noche. Había un ascensor para subir y ninguno miró hacia abajo. Ninguno, menos Raúl, al que le encantaban las alturas. Allí aprendieron que la Torre Eiffel se realizó como símbolo de una Exposición Universal.

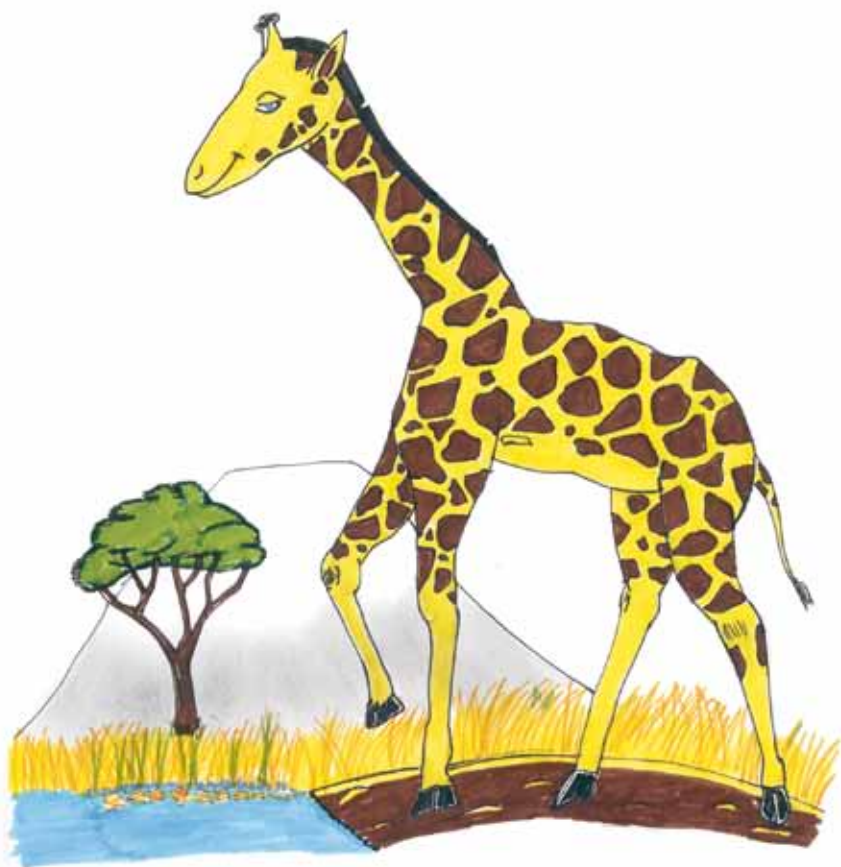
Estando en lo alto de la Torre Eiffel vieron que había un restaurante. Tenían mucho apetito, pero el padre se dio cuenta de que no tenían dinero. Durante el viaje habían aprendido a usar el poder de su imaginación. Así lo hicieron y el bolsillo se llenó de francos. Comieron con unas vistas impresionantes de París.

La siguiente ciudad fue Nueva York, una ciudad fantástica de América del Norte. Empezaron viendo el puerto donde estaba la Estatua de la libertad, que era la elección de Francisco. La Estatua de la Libertad está colocada de tal manera que da la bienvenida a todas las personas que llegan al puerto.

Después dieron un paseo por el puerto, vieron muchos barcos de lujo y fueron a un restaurante, aunque a Francisco no le gustó la comida, ya que le pusieron huevos fritos con bacon y a él lo que le gustaba era las ensaladas. Visitaron el jardín botánico. Por la tarde fueron a ver un Teatro de Broadway. Finalmente llegaron a Central Park, cenaron y se marcharon de nuevo.

Después vivieron en el barco y viajaron por todo el mundo hasta ser las jirafas más sabias gracias al poder de su imaginación, aunque ellos en realidad nunca se movieron de la sombra del baobab.

Y vivieron felices y comieron perdices.



el barco



voador

El pintor asesinado por su arte

Kevin Julián Jacome Lozano

Aula Hospitalaria H.U. "Santa Lucía" (Cartagena)

Hace mucho tiempo, vivía un pintor llamado Leonardo, de cuya edad no me acuerdo. Tenía una barba blanca y larga, un gorro extraño de color verde y llevaba una especie de sandalias terminadas en puntas puntiagudas. El extraño pintor era solitario, según la gente que lo conocía. Un día, el pintor llegó a su casa y, con su imaginación, pintó a una joven dama de su época. Tardó tres días en pintar el cuadro. No dormía ni comía por terminar la maravillosa pintura. Leonardo estaba tan asombrado de su cuadro que no dejaba de mirarlo ni un segundo. El pintor quería que la gente observara su creación, así que fue a exponer su obra de arte a una galería famosa de su ciudad. En el cuadro salía una mujer que no se sabía si sonreía o estaba seria. La gente estaba muy alarmada porque pensaba que era una novia de Leonardo o su mujer. El caso es que nadie sabía quién era aquella mujer.

A lo largo de los años y hasta la época actual, nadie ha sabido quién es la mujer. La gente piensa que era su esposa o la mujer de sus sueños. Durante mucho tiempo, han intentado robar el cuadro de la galería de Italia. Se valora en millones, aunque no

saben por qué. Cuando el pobre Leonardo fue asesinado por un despiadado que le clavó un puñal por la espalda, el cuadro fue vendido a un malvado barón de ese tiempo. A Leonardo lo encontraron una mañana en su casa, tirado en el suelo con un puñal en la espalda. La gente, asombrada, no sabía el motivo. Los detectives investigaron el asesinato hasta que se dieron cuenta que Leonardo fue asesinado por un sicario del barón Enrique VIII. Interrogaron al barón, pero éste no dijo nada de nada. Cuando se marchaba del palacio del barón, uno de los detectives vio el cuadro que no habían encontrado en la casa de Leonardo y, en ese momento, no tuvo más dudas de quién había mandado matar a Leonardo. El cuadro fue vendido a diferentes personas para que no pillaran el barón, pero al final el barón perdió el rastro del cuadro, de tal belleza que nadie comprendía.

El arte de una persona viene de la mente. El arte es algo que pocas personas comprendían en aquella época. Por culpa de su arte en aquel cuadro, Leonardo fue asesinado.



Cuento de navidad: “Egoitz, un niño normal”

Pedro Gonzalo Andino Aguinagaldromalde

Unidad Educativa Txagorritxu (Vitoria)

Lo que os voy a contar podría ser un cuento de esos que se ven en la tele en Navidad.

Esta historia trata de un niño que se llama Egoitz. Nació un día precioso de un mes que desconozco, de 2004, eso sí que lo sé. Supongo que a su madre le costó un poco y le dolió otro poco, pero no le importó porque ser madre es lo mejor que te puede pasar. O eso creo. Yo todavía no lo sé. Y, en todo caso, algún día seré padre, que tengo entendido que también está muy bien y que te llena mucho.

Bueno, pues un precioso día de un mes de 2004 nació Egoitz. Abrió sus enormes faros verde mar y miró a su madre. La habitación del hospital se llenó de amor y todos supieron que había nacido un ser especial. Todos nacemos únicos, pero su madre sólo pedía que naciese normal, como todas las madres, supongo.

No sería la única vez que Egoitz estaría en una habitación del hospital. Cuando era pequeñito tuvo sus catarros, sus dolores de barriguilla y todas esas cosas que tienen los niños pequeños.

Le pusieron las vacunas que tocaban, le pesaban, le medían... lo normal.

Egoitz iba creciendo. Comía, se hacía fuerte. Jugaba. Dormía y soñaba. Miraba alrededor y aprendía. Quería, pedía, rabiaba, lloraba y reía. Aprendió a caminar, a hablar, a correr. Pedaleaba en su bici de cuatro ruedas... Y así cumplió los cuatro años.

Un día, no sé muy bien cómo fue, Egoitz se sintió mal. Su mamá lo llevó al pediatra (el médico que sabe de niños). El pediatra la tranquilizó, imagino. Le recetó unas medicinas y le dijo lo que tenía que hacer para curarlo. Su madre, y también su padre, hicieron todo bien, pero Egoitz no mejoraba. Se puso muy malo. Lo ingresaron. Esa fue la segunda vez que se quedaba en el hospital, pero habría más veces. Sus padres y su tía estaban muy preocupados. Toda la familia estaba muy preocupada. Los médicos también. Y las enfermeras. Y todos los que trabajaban allí, que son muchos. Los que creían y los que no creían, todos pedían un milagro. Rezaban pidiendo que Egoitz saliese de aquello.

Y se produjo el milagro. Egoitz sobrevivió. Los milagros de verdad no son como en las películas. No es todo perfecto. Pero cuando algo parece malo tú puedes volverlo bueno. Egoitz sabe mucho de eso. Y su mamá. Y su papá. Y su tía. Y los que le ayudan cada día, cada hora, cada minuto. Cada ratito chiquitito y cada ratito grande. Egoitz salió. Pero era otro Egoitz. Había perdido algunas cosas que se llevó su enfermedad. Pero ganó muchas más. Ahora Egoitz no podía correr -con sus piernas-. Ni andar -con sus pies-. Ni rascarse -con sus manos-. Ni abrazar a su madre -con sus brazos-. Pero podía correr con su silla de ruedas,

podía conducirla con la boca. También podía coger cosas –con la boca-. No podía abrazar, pero podía dar todos los besos que quisiera.

Sus ojos grandes verdes brillantes eran aún más grandes, más verdes y más brillantes. Y veían más. Veían muchas cosas en las que antes ni se habían fijado.

Y su corazón y su pensamiento también parecían más grandes, más brillantes y más inteligentes. Ahora se dan cuenta de muchas más cosas, cosas que, a menudo, nos pasan desapercibidas. Egoitz todo lo nota, todo lo disfruta, todo lo ve, todo lo oye. Ha aprendido a escribir y hacer cuentas con la boca. Es un artista, pinta cristal, cajas, escayola, cuadros, de todo, con la boca, una boca sabia de siete años. Con una pegatina en la nariz hace dibujos en el ordenador. Son preciosos.

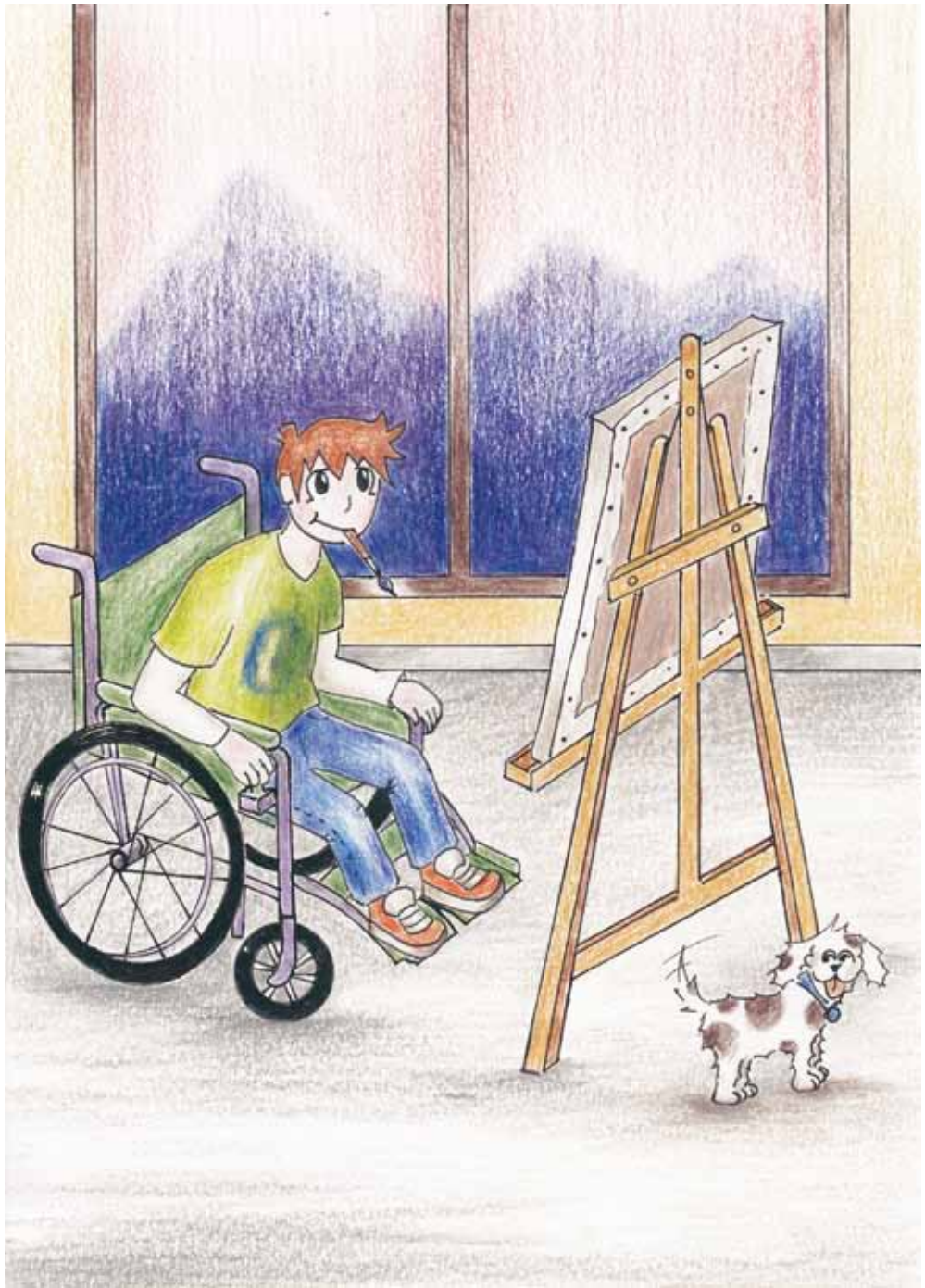
He empezado diciendo que esto podría ser un cuento de Navidad, pero es una historia real, de un niño real, muy especial, que ríe, llora, aprende, se enfada, exige y da, hace y se divierte, se ilusiona y sueña, quiere y le quieren. Vamos, un niño normal.

Egoitz a veces se acatarra y tiene que volver al hospital. Allí le quiere todo el mundo. No me extraña. Yo también le quiero. Yo tengo 11 años, bueno casi 12. Un día me ingresaron y fui a la Escuela del Hospital. Allí estaban Ana, la profe, y Egoitz. Ana nos enseñó a crear nuestros blogs. Egoitz llamó al suyo *Hojas plateadas*, lo inventó él y su lema es "QUERER ES PODER" ¡Cómo no! Y allí es donde empecé a querer a Egoitz... hasta hoy. Me dieron el alta y la noche anterior no podía dormir, así que le escribí un poema: "Oda a Egoitz".

Este es un cuento dedicado a Egoitz, por todo lo que nos enseña

con sus siete años. Si este cuento gana el premio, quiero que se lo deis a Egoitz. Esta es su historia y su vida y el premio se lo merece él, eso seguro. Mi regalo es Egoitz. Es un regalo para todos, cada día. Egoitz tú me dijiste que tu nombre significaba "mansión". Eso eres tú y eso es tu corazón.

Que sí, que no, que tururú, que eso eres tú. UN NIÑO NORMAL, como yo, como tú.



La tristeza de Goya

Cristian García Clemente

Aula Hospitalaria H.U. "Reina Sofía" (Murcia)

Goya era un gran pintor, con mucha fama. Era muy bueno dibujando y expresando lo que sentía, hasta que se quedó sordo y empezó a perder fama.

Estaba triste porque se aburría y tenía hambre, porque el rey ya no le pagaba, y cada día tenía que ir al baño a hacer caca y estaba estreñido y al apretar se mareaba y le daban ganas de dibujar cosas horribles como: monstruos, brujas, aquelarres... Hubo un día peor que los demás, porque estaba enfadado con su amante, que era la Duquesa de Alba. Y sus dibujos los hacía tan bien que hasta parecían reales y daban mucho asco. Realizó dibujos como: *Goya devorando a su perro*, donde aparecía el perro ahorcado con una golosina y, sólo de pintarlo o verlo, daba angustia.

La gente decía que estaba loco, porque soñaba que comía moscas gordas y lagartijas largas que parecían lagartos. Y dormía haciendo el pino, y se levantaba haciendo el puente y cantaba la *Bulería* de David Bisbal. Cuando era por la tarde, le daba por tocar la guitarra con las uñas de los pies. Y cuando cenaba, tiraba la comida por los aires. Nos es que pareciera que estaba loco, es

que en realidad lo estaba. Él se quería tirar por la ventana y, como nadie le hacía caso, no se tiró. Cuando pintaba, dibujaba con el pincel en la boca y se ponía a bailar danza kuduro en remix, y los dibujos eran diferentes de los demás.

Desde pequeño le gustaba pintar y nunca paraba. Hacía dibujos de todas formas y de todos los colores y jugaba a las canicas y a las muñecas con sus amigas del colegio. Cuando tenía que dormir y no tenía sueño, se tiraba un pedo, se mareaba y se quedaba inconsciente más de nueve horas. Y si le dabas un yogur, te pegaba. Pero si era con sabores no te pegaba nunca. Así que toda la gente le daba yogures con sabores. Siempre soñaba con ser un gato con zapatillas y rapeador pero nunca lo consiguió y se puso triste. Lo intentaba y nunca le salía lo de rapear y ser un gato con zapatillas.

PD: Como en un hospital se está triste y aburrido, os dejo este relato para divertirlos.



estaba triste

gato con zapatillas

tocar la guitarra
con los pies

moscas gordas y
lagartija



dibujos de todas las
formas y colores



Las vacas gordas

Adrián Hernández Pascual

Aulas Hospitalarias. Hospital Clínico Universitario (Valladolid)

Érase una vez un pueblo que no tenía nada. Sólo tenía diez pastores y sus mujeres. Además, se situaba en una zona pobre, seca, abrupta, en la que el ganado no tenía qué comer. Por desgracia, la frase que más se repetía era: “Ya no podemos seguir aquí”.

Pero la inspiración llegó a ese pueblo y decidieron emprender una tarea novedosa, hacer realidad sensaciones nuevas que la mayoría de los habitantes del pueblo sentían. Eran sensaciones nuevas, de cambio, y estaban relacionadas con el arte.

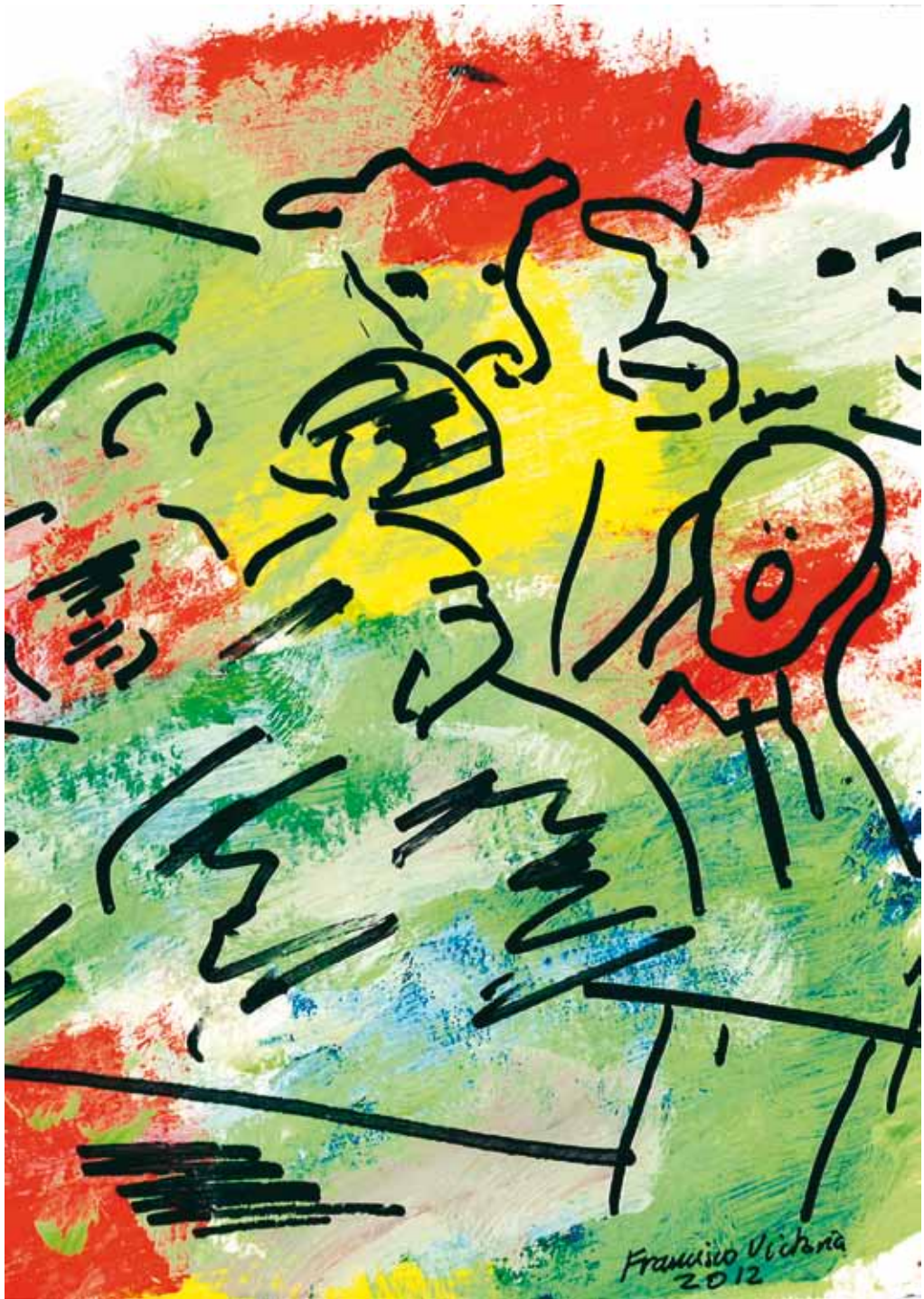
Los campesinos empezaron a pintar cuadros. Les fueron dando nombres como: “Las enanas”, “El que tiene miedo”, “La que te mira”, etc. Así pasó el tiempo y llegaron las vacas flacas... ¡y tan flacas! No se habían preocupado por ellas y estaban desnutridas, deshidratadas. Parecían zombis o algo incluso peor.

Ni las vacas, ni ningún otro tipo de ganado en el pueblo, producía alimento. Y así fue como los habitantes del pueblo tuvieron que vender a unos extraños aquellos cuadros tan

currados. Estos extraños lo primero que hicieron fue cambiar los nombres vulgares de los cuadros en nombres algo más formales. "Las enanas" pasaron a ser *Las meninas*. "El que tiene miedo" se llamó *El grito* y "La que te mira", *La mona lisa*.

En esta época, a los campesinos les daría un poco de rabia que los cuadros que vendieron por cien pesetillas ahora valgan millones de euros. Pero bueno, por lo menos sus vacas fueron de nuevo gordas.

En la historia ha habido otras muchas estafas que no os voy a contar, no vaya a ser que esas también "sean verdad".



La historia de mi vida

Carolina Lisbeth Espinosa López

Aula Hospitalaria Hospital "Ramón y Cajal". (Madrid)

Hace varios días, caminando por el centro de la ciudad, me encontré con una escritora muy famosa en España. La conocía por un libro que escribió hace ya bastante tiempo. Me paré y la llamé. Ella me contestó amablemente. Le pregunté si podía hacerle una pequeña entrevista. Ella me dijo que sí. Me invitó a tomar un helado mientras le hacía la entrevista.

Empecé con una pequeña pregunta:

-¿En qué se basó para escribir tan fascinante libro?

Me respondió:

- Mira, cuando yo era pequeña me encantaba escribir. Como era muy curiosa, descubrí una historia que no conocía.

Comenzó así: "Mi abuelo, cuando aún era joven, se alistó en el ejército por obligación, porque tenía que cumplir con la patria. Aunque a él lo que más le gustaba era escribir. Su sueño era llegar a ser un gran escritor. Pero no tuvo otra opción. Cuando casi estaba a punto de terminar su instrucción básica, el comandante les dio órdenes de que debían ir a terminar la instrucción militar a

la selva amazónica, cerca de la cordillera de los Andes. Mi abuelo se quedó atónito con la noticia, ya que nadie había vuelto de la selva, pero tenían que seguir con el protocolo indicado. Sólo el que saliera vivo de aquella selva sería nombrado soldado, ya que en aquellos tiempos, ser soldado era un orgullo para la familia y la patria. Y así empezó la aventura de su vida.

Para llegar a aquel nefasto lugar tenían que ir en helicóptero, ya que no había otro transporte. Una vez allí, a mi abuelo lo abandonaron a su suerte junto a otros soldados. Caminaron todo el día buscando agua y alimento. Cuando estaba oscureciendo buscaron un lugar para pasar la noche. Mi abuelo escribía todo lo que pasaba. Faltaba un compañero, empezaron a llamarlo, pero él no contestaba. Todos se miraban aterrorizados preguntándose qué le habría ocurrido a su compañero, pero decidieron seguir adelante. Durante el recorrido programado, desaparecieron varios compañeros. Día a día iban quedando menos, hasta que al final sólo quedaron cinco de los veinte que habían llegado. Caminando, dieron con una tribu llamada "shuaras".

- ¿Y qué son los *shuaras*?-pregunté

-Los *shuaras* son indígenas que no llevan ropa. Se tapan sus partes con piel de animal, se pintan la cara con rayas de color naranja. A aquel lugar no había llegado la civilización. Mi abuelo y los demás fueron con aquella tribu. Los indígenas fueron muy amables. El jefe ordenó que preparasen un banquete. Aquella noche, pudieron comprobar que *los shuaras* no eran una leyenda como todos contaban, sino que eran reales y existían. Al día siguiente -prosiguió- debían continuar su viaje, ya que el tiempo se acababa. Algunos cazadores de la tribu fueron a acompañarles,

sirviéndole a la expedición de guías, ya que conocían la selva como la palma de su mano. Tenían que cruzar el río con una canoa. Cuando estaban cruzando, les atacaron unas pirañas, derrumbando a uno de sus guías. En segundos, acabaron con él. Mientras, mi abuelo y los demás escaparon y lograron llegar a la orilla. Cuando estaban a punto de llegar, se encontraron con una enorme serpiente, la boa.

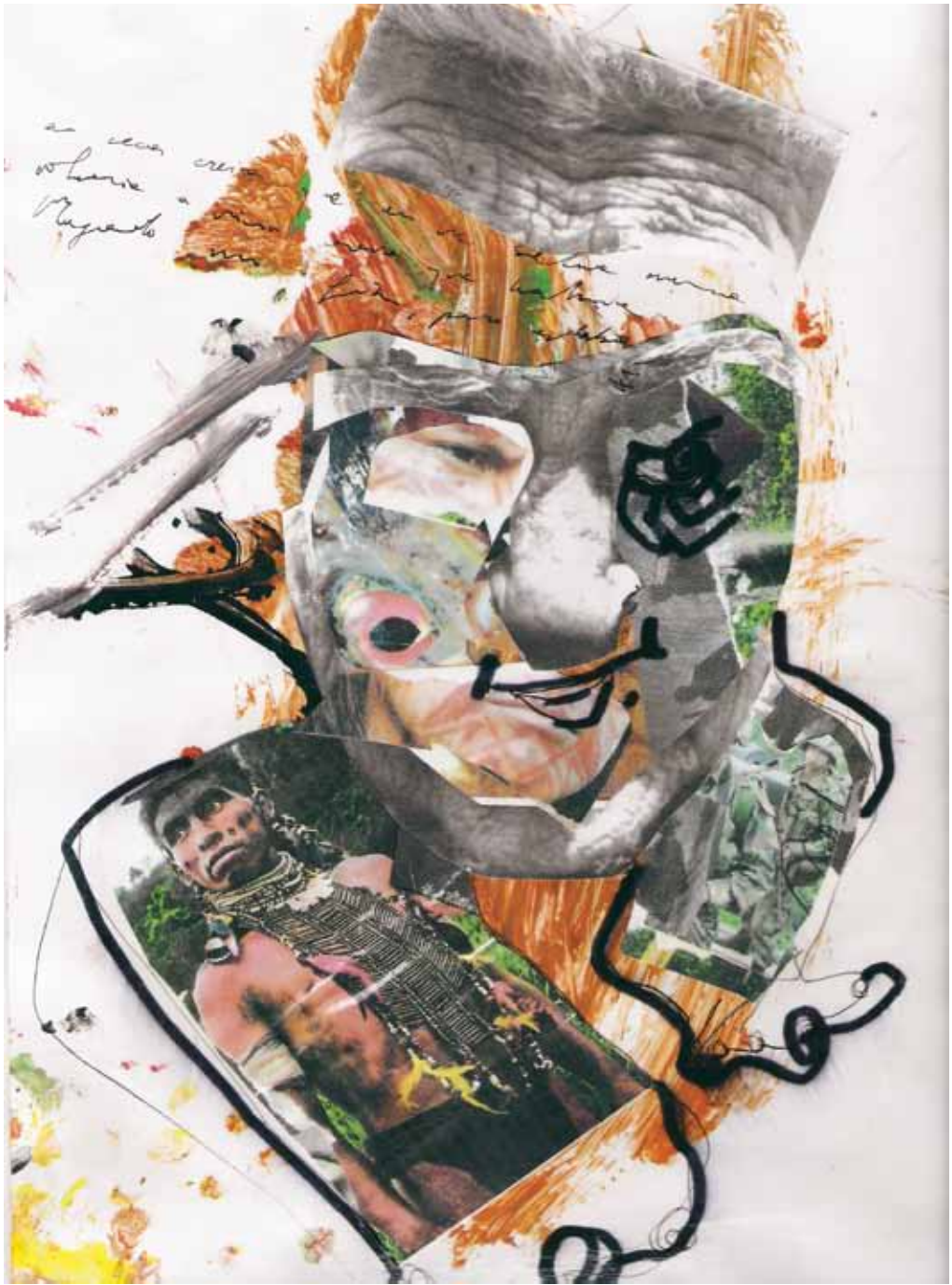
-¿Qué es una boa?-pregunté un poco asustada

-Los indígenas la llaman boa porque se traga a los hombres de un bocado. No sabían que hacer. Así que la mataron con los fusiles y pudieron llegar al lugar donde les estaban esperando.

-¿Qué tiene que ver esto con su libro?-

-Mi abuelo pensó que al regresar podría ser lo que siempre había querido, pero no fue así. Cuando volvió, le buscaron esposa, mi abuela. Se casó, tuvo a mi madre y a sus hermanos... y el sueño de ser un gran escritor se quedó abandonado en un baúl. Cuando yo aún estaba en el instituto, un día, buscando cosas antiguas para una exposición, encontré aquel viejo cuaderno donde mi abuelo había escrito su aventura. Cuando tuve ya mi formación, la aventura de mi abuelo me dio una idea y así es como escribí el libro y lo publiqué.

Esta entrevista fue muy buena, la presenté en clase y me pusieron un diez. Yo de mayor quiero ser escritora, parece muy interesante.



as seen
where
Nagato

CATEGORÍA C

(de 14 a 17 años)

GANADOR CATEGORÍA C

Cartas desde el hospital

Rebeca Castiñeira Cuenca

Aula hospitalaria Hospital Niño Jesús (Madrid)

El trasiego de los enfermeros y los psiquiatras me despertó antes de que el celador viniera a subirme las persianas. Me quedé en la cama pensando en mi situación. Era mi primer día en el hospital y me habían ingresado la noche anterior por anorexia purgativa. Por el momento, estaba en una fase que los médicos llaman “privilegios cero”, lo que significaba que no podía hacer absolutamente nada aparte de escribir un diario en el que tenía que plasmar todos mis sentimientos y contar qué era lo que me había llevado a caer en aquella enfermedad.

La noche anterior apenas había podido dormir, por lo que había pasado la mayor parte de la misma pensando. En aquellas horas de oscuridad y silencio, decidí que para escribir el diario pediría ayuda a Pedro, un escritor, viejo amigo de mis padres, con el que yo tenía mucha confianza. Pedro publicaba habitualmente artículos en un periódico. Además, en aquellos momentos estaba escribiendo su primer libro, aunque aseguraba que le faltaba inspiración.

Absorta en mis pensamientos, el celador entró y al fin me

pude levantar. En ese instante no sabía qué hacer, pues por las mañanas teníamos que seguir un estricto protocolo que consistía en que medían la orina y después nos pesaban y nos tomaban la temperatura y la tensión.

Aún no me había acostumbrado a todo aquello, por lo que pedí ayuda al resto de las pacientes que, como yo, eran chicas que se encontraban allí por trastornos alimentarios. Ellas me indicaron qué era lo que tenía que hacer en cada momento.

Cuando terminé de hacer mis obligaciones me tumbé en la cama a la espera de que los psiquiatras vinieran a verme.

Yo me imaginaba que vendría uno o como mucho dos médicos, pero cuando entraron, me encontré con quince personas alrededor de mi cama preguntándome qué tal estaba. La mayoría eran psicólogos en prácticas, pero aun así yo me sentí agobiada e intimidada por ver tanta gente a mi alrededor. Cuando se fueron, cerré la puerta de mi habitación y encontré la paz y la tranquilidad que necesitaba para empezar a escribir mi diario.

El único modo que yo tenía para contactar con Pedro, era por medio de correspondencia a través de las visitas de mis padres, que serían los mensajeros. La cuestión era que tenía que empezar a redactar desde el primer día y aún no había podido mandarle ninguna carta, por lo que tendría que enfrentarme al reto yo sola. Pensé en lo que los profesionales me habían dicho hacía apenas unos minutos: tendría que escribir acerca del pasado, es decir, resumir en unas pocas páginas toda mi vida, desde mi nacimiento hasta el comienzo de la enfermedad. Para ello no necesitaba mucha ayuda y me puse en seguida a hacerlo, aprovechando los pocos minutos

que me quedaban antes de enfrentarme a mi primer desayuno en el hospital.

Comencé relatando la historia de una niña que fue feliz durante mucho tiempo. Aparentemente, mi vida rozaba la perfección. Yo había sido siempre muy responsable e inteligente, mis notas raramente bajaban de sobresaliente y era una chica abierta, aunque un poco tímida. Había sido hija única hasta dos años atrás, cuando nació mi hermano pequeño. Por eso estaba muy acostumbrada a tratar con adultos y todos los mayores me halagaban por mi buena educación e inteligencia. La gente que veía mi vida desde fuera creía que era envidiable. En parte era cierto, pero no conocían mi verdadera situación ni mis sentimientos. Mis problemas se acumulaban. Al margen de las apariencias, siempre estuve preocupada. Las típicas discusiones familiares me angustiaban, los estudios me agobiaban demasiado por mi autoexigencia; tanto, que a veces me ponía físicamente enferma si no llevaba bien preparado un examen. Además, aunque sucedía en pocas ocasiones, algunos niños se metían conmigo por mi físico, ya que estaba un poco gordita.

Con esas últimas aclaraciones terminé de escribir mi pasado, justo antes de que me llamaran para desayunar. Ese acto rutinario y tan común para algunos, suponía para mí un gran esfuerzo. En seguida mi mente empezó a calcular las calorías que estaba ingiriendo. Cuando terminé y fui al reposo (otra parte del protocolo hospitalario consistía en reposar en cama una hora después de cada comida) estaba tan nerviosa que, para calmarme, me dejaron escribir. Así que empecé la primera de una larga lista de cartas que intercambiaría con Pedro a lo largo de mi estancia en el hospital. En ella le explicaba mi

situación y le pedía consejo para poder plasmar con sentido todos mis sentimientos.

El resto del día transcurrió tranquilo a pesar del esfuerzo que tenía que hacer en cada comida para no vomitar después. Pero a pesar de todo, poco a poco me iba adaptando a la rutina hospitalaria.

Cuando llegó la hora de las visitas y vinieron mis padres, les entregué la carta que debían darle a Pedro. Iba en un sobre cerrado, para que ellos no la leyeran. Cuando se fueron, seguí con mis ocupaciones del día y finalmente me fui a dormir. Aquella era ya mi segunda noche y por tanto pude dormir un poco más que la anterior.

A la mañana siguiente, me dediqué a esperar con ansia la visita de mis padres, para que me dieran la respuesta a mi carta. Ésta me sorprendió tanto como me agradó y decía así:

"Querida Rebeca,

Espero que este ingreso te sirva para mejorar y me alegro mucho de que hayas decidido contar conmigo para escribir tu diario.

Para poder expresar bien tus sentimientos, debes pensar y centrarte únicamente en lo que sientes, y anotar todo lo que se te pase por la cabeza. Después, con las palabras que hayas apuntado, podrás redactar un texto, estructurándolo primero en tu mente.

Por otro lado, creo que deberías desgranar todo lo ocurrido para poder saber la causa que te ha llevado a enfermarte y, cuando la hayas descubierto, opino que deberías hacer una crítica despiadada a la misma para que los médicos puedan entender tu frustración y tu rabia.

Un abrazo,

Pedro"

Cuando terminé de leer, pasé las horas muertas pesando y rompiéndome la cabeza para poder hallar la causa de mi enfermedad. Pensé en mis padres, en el colegio, en los amigos... pero no logré encontrarla. Se me acabó la esperanza, desistí en mi intento y me llamaron para merendar.

Cuando estábamos en el comedor, vi un paquete de galletas de chocolate y recordé que eso había sido lo primero que había vomitado. Hacía ya casi un año de aquella primera vez, pero recordaba perfectamente la escena. Era un martes por la tarde, estábamos en época navideña y la caja tonta (como la solía llamar yo) estaba cargada de anuncios por aquellas fechas. Ese día yo había comido poco (simplemente por la escasez de tiempo con la que nos obliga a vivir el contexto social actual) y en la televisión anunciaban las galletas de chocolate que mencioné antes. Como tenía algo de hambre, me dirigí a la cocina y me comí una ración considerable de esas galletas. Cuando terminé, regresé al salón y continué viendo la tele. En aquel momento el anuncio era de una tienda de ropa y en él aparecían modelos delgadísimas que representaban el ideal de la mujer actual. En cuanto terminó el anuncio, me empecé a arrepentir de haberme comido las galletas. Fui corriendo al baño y me miré en el espejo. La imagen que reflejaba no se asemejaba en nada a la de las modelos que yo acababa de ver. Observé detenidamente mi considerable barriga y unas cartucheras que empezaban paulatinamente a llenarse de piel de naranja. Mi propio reflejo me horrorizaba. Entonces reparé en el váter que se encontraba justo a mi lado y una parte de mi cerebro vio la luz: lo único que tenía que hacer para que esas galletas no alimentaran más aún mi grasa corporal era sacarlas de mi estómago. Por tanto no lo dudé ni un instante: me

arrodillé delante del váter, abrí la tapa, me introduje dos dedos en la garganta hasta que alcanzaron mi campanilla y comencé a vomitar como una posesa.

Tras el recuerdo de la escena caí en la cuenta de cuál había sido la causa que me había hecho caer en la enfermedad. No habían sido ni mis padres, ni mis amigos, ni el colegio, ni nadie en concreto sino todos a la vez. La causa había sido la sociedad al completo. Por fin había averiguado la respuesta que llevaba tanto tiempo intentando hallar y, sin esperar ni un segundo más, me dispuse a hacer lo que Pedro me había recomendado en su carta, redactando en el diario una crítica a la sociedad actual sin ningún miramiento. Estuve mucho tiempo escribiendo, ya que en ese momento la rabia hacía que las ideas se me amontonaran en la cabeza. Cuando terminé, estaba bastante satisfecha. Había logrado escribir un texto en el que explicaba, de una forma perfectamente comprensible, la rabia que sentía hacia la sociedad actual por haberme causado esta enfermedad. Lo que escribí en mi diario ese día se podría resumir así: "Yo estoy enferma porque la sociedad actual es demencial. Los magnates del dinero y los dueños de las multinacionales nos lavan el cerebro a través del marketing engañoso y nos hacen creer que necesitamos tener una figura perfecta para ser felices. Sin embargo, los que se hicieron ricos de otra manera completamente diferente, nos alejan de la comida sana invitándonos a comer grandes cantidades de productos hechos a base de aditivos y grasas que nos hacen engordar de una manera asombrosamente rápida. Estos dos tipos de empresas, se complementan a la perfección haciendo que primero nos gastemos el dinero en engordar y después en adelgazar. A base de lavados de cerebro, pretenden que nos

olvidemos de lo que verdaderamente importa en la vida e intentan que todos nos cortemos por un mismo patrón simplemente para seguir agrandando sus arcas. Y mi conclusión es que, mientras nuestras vidas las sigan rigiendo una minoría multimillonaria que controla la sociedad actual, seguirán existiendo trastornos de la conducta alimentaria”.

En mi siguiente carta le envié a Pedro una copia de mi diario, para que me diera su aprobación y me siguiera ayudando. Pero no recibí su respuesta hasta dos días después, ya que mis padres no podrían recogerla antes. Mientras esperaba mi carta, yo seguía la rutina hospitalaria de una forma más tranquila, pues sentía que al haber escrito la razón de mi enfermedad, me había quitado un gran peso de encima.

Cuando la respuesta de Pedro me llegó al fin, no podía estar más sorprendida y a la vez contenta, pues ésta era así:

“Querida Rebeca,

Creo que jamás podré agradecerte tanto lo que has hecho por mí, pues aunque para ti el diario no sea más que una tarea más de las tantas que tienes que hacer para combatir tu enfermedad, a mí me ha fascinado tanto que he encontrado la inspiración que necesitaba para escribir mi libro. Y es que he decidido basar mi personaje protagonista en ti, contando de alguna manera tu situación y haciendo una crítica a la sociedad.

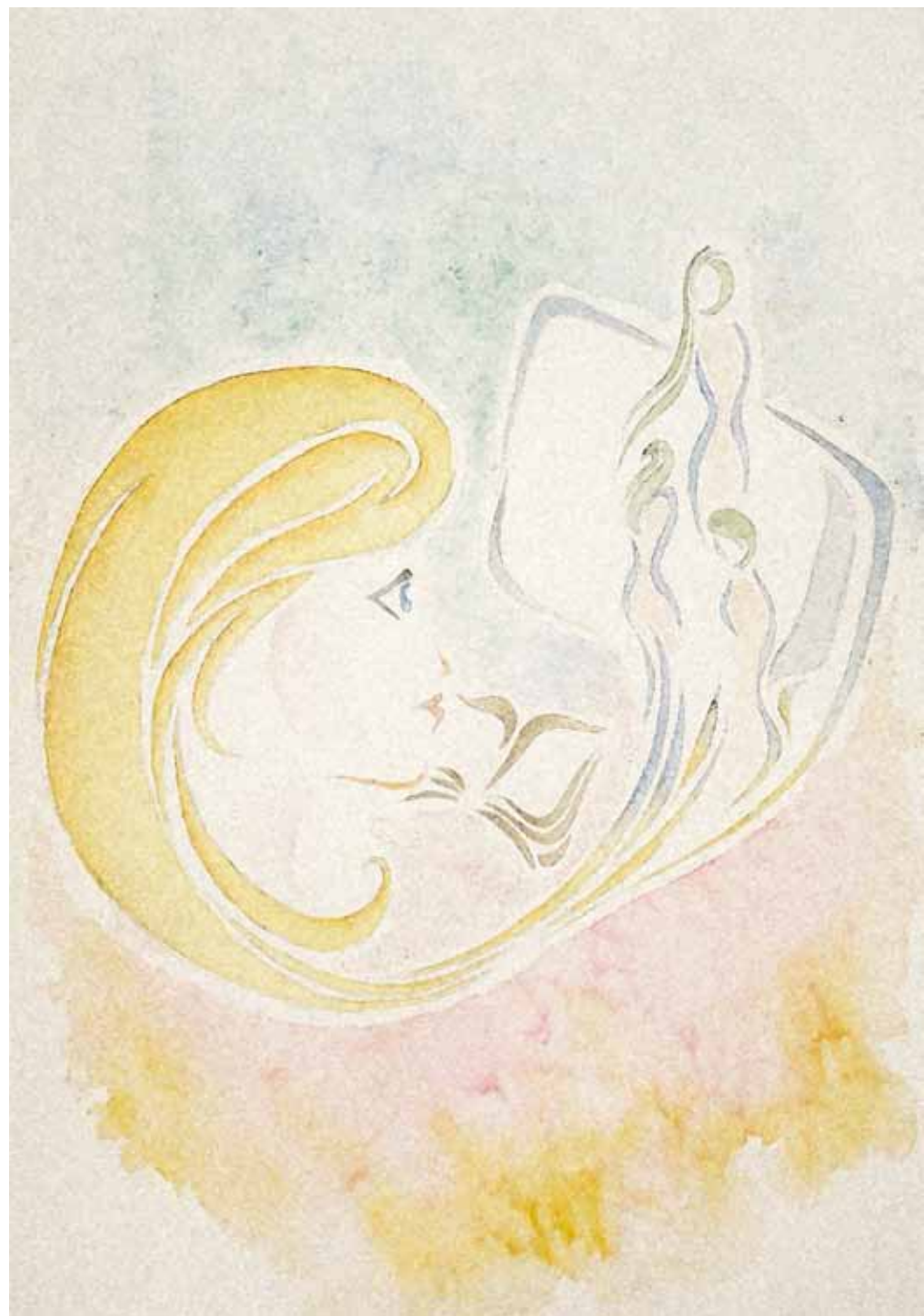
Espero que me permitas utilizar tu historia para mi libro.

Un abrazo muy fuerte y nunca dejes de luchar,

Pedro.”

Como podéis imaginar, su idea me hizo mucha ilusión y acepté encantada. Mi historia representa la de tantos otros que están en mi misma situación. Tras muchas otras cartas que intercambiamos durante el resto de mi estancia en el hospital para poder informarse de un modo muy directo de la enfermedad, terminó de escribir su libro. Además, contra todo pronóstico, resultó un gran éxito de ventas cuando lo publicó.

Por otro lado, la idea de que tanta gente comprendiera que no necesitamos hacer caso de lo que nos dicen los anuncios y las modas para ser felices, me dio la fortaleza suficiente para luchar durante mucho tiempo y, así, conseguí ganarle el pulso a mi enfermedad y recuperarme por completo.



La imagen borrada

Manuel Salinas González

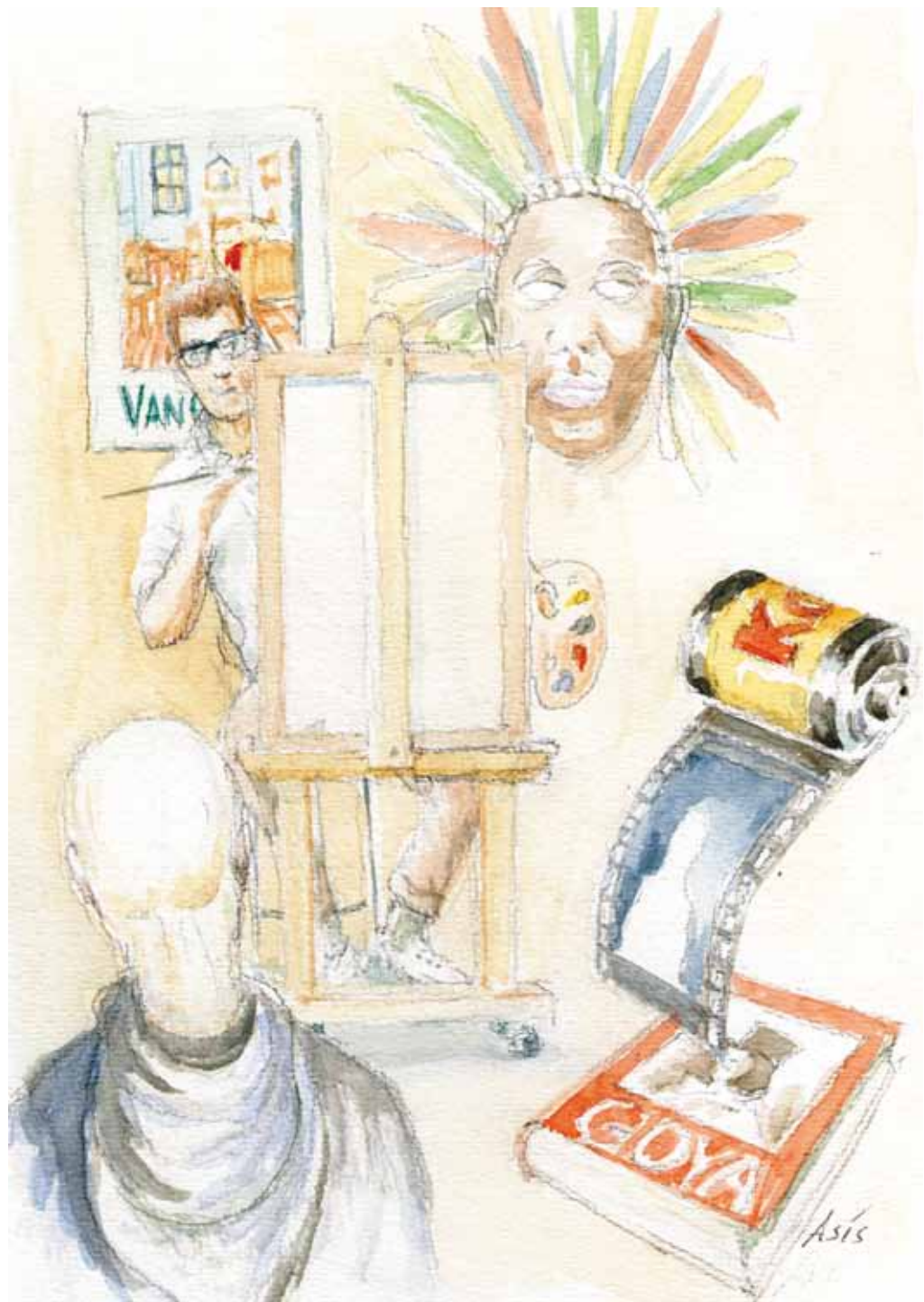
Aula Hospitalaria "Gregorio Marañón" Madrid

Era tarde, la noche ya estaba entrada y yo, como solía hacer habitualmente a aquella hora, pintaba un cuadro de un paisaje. De pronto, un ruido extraño me sobresaltó. Llamaban a la puerta. Tardé un rato en reaccionar debido a que no esperaba que alguien llamara a aquellas horas. Me dirigí a la puerta y, al abrirla, vi que había una persona encapuchada y de negro, esperando. Le pregunté qué quería y me respondió que quería que lo pintara. Su respuesta me extrañó debido a que ya era muy tarde, y además yo me dedicaba sobre todo a pintar paisajes. Le respondí que ya era tarde, que si quería, lo pintaría al día siguiente. Me dijo que era urgente y no tenía tiempo y que, además, me pagaría bastante bien. No pude rechazar esa oferta ya que mi negocio de pintura iba bastante mal. Le invité a pasar y le pregunté si quería un café. Me respondió, con un tono de enfado, que no tenía tiempo, que lo pintara de una vez. Cogí rápidamente la pintura, un lienzo y un pincel. Me transmitía una mala sensación y, además, me daba un poco de miedo, debido a que no le podía ver el rostro por la capucha, que no se había quitado en todo el tiempo. Se sentó en una silla que le ofrecí. Le dije que se quitara la capucha. Él accedió, un poco a regañadientes y, cuando vi su rostro, me

sobresalté. Era blanquecino y arrugado, como si tuviera ochenta años, pero su vitalidad transmitía una edad de cuarenta. Tenía el pelo blanco y los ojos rojos, como de cansancio. Lo empecé a dibujar. Me costaba bastante hacerlo debido a la complejidad de su rostro arrugado y a que no estaba acostumbrado a dibujar a una persona. Al terminar, le di el cuadro. Me pagó bastante más de lo que yo pedía por un retrato y se fue apresurado, sin despedirse. Yo me tomé un té y me fui a la cama porque ya estaba cansado y eran las dos de la mañana.

Al día siguiente me levanté, me tomé un café y empecé a pensar en el extraño tipo de la noche anterior. ¿Por qué tendría tanta prisa? ¿Por qué tenía ese aspecto tan siniestro? Fui a ver una fotografía que había hecho del cuadro, ya que yo fotografiaba todos mis trabajos para aprender de los errores. ¡No era posible! La figura humana había desaparecido de la foto... ¡No podía ser! El resto del cuadro estaba intacto pero había una gran mancha blanca donde debía estar la persona de la noche anterior. No lo podía creer... Era imposible pero cierto. Me propuse investigarlo, así que me vestí, cogí el abrigo y salí a la calle. Me dirigí a la biblioteca para buscar información sobre otros casos parecidos. Busqué algunos libros relacionados con desapariciones de fotografías, dibujos, etc. Finalmente encontré un libro bastante interesante. Me fijé en el nombre del autor, se llamaba José Olmedozar. Busqué su dirección y comprobé que vivía cerca de la ciudad, así que me propuse ir a visitarle. Cuando llegué a la casa del señor Olmedozar, llamé al timbre. Alguien preguntó detrás de la puerta que quién era y para qué había ido allí. Me presenté y le dije que había ido por un cuadro borrado. No le dije nada más. Me abrió rápidamente y dijo que me sentara en el sillón del

salón. La casa era bastante rústica, aunque poco luminosa para mí. Me ofreció una copa, pero yo rechacé su invitación. Se sentó frente a mí. Era una persona de unos cuarenta y cinco años, flaca y con el pelo entre canoso y moreno. Después de contarle toda la historia, tomó un sorbo de su copa y se levantó. Fue a una gran estantería y tomó tres libros. Pude observar que eran biografías, todas sobre artistas. Uno era Van Gogh, otro Goya y el otro Monet. Me dijo que los tres artistas tenían algo en común conmigo. Le pregunté el qué. Me respondió que a los tres les había pasado lo mismo que a mí. Me quedé sorprendido con su respuesta. Después me explicó que Van Gogh se había vuelto loco después de lo sucedido, lo que hizo que se suicidara. Sin embargo, Monet y Goya consiguieron superarlo, aunque debido a aquello tuvieron una época bastante negra en sus pinturas. Me sorprendió bastante su historia y me costó creerlo. Incluso me advirtió que tuviera cuidado. Yo le pregunté que por qué se había borrado la imagen. Me dijo que era un ritual africano para conservar la vida y la belleza de una persona inmortal, pero que era un ritual diabólico y que no siguiera investigando. Me aconsejó que me alejara lo más posible de la persona a la que había dibujado. Después de un rato hablando, me fui, agradecido por la información. Cuando volví a casa observé que había una persona delante de la puerta pero, como ya era tarde y había oscurecido, no conseguía verle el rostro. Cuando llegué hasta la figura, me di cuenta de que era el tipo de la noche anterior, pero totalmente joven. Me dijo que no investigara, acepté y me prometí a mí mismo nunca más investigar sobre ello, sobre todo por los relatos de la vida de Van Gogh, Monet y Goya. En el fondo siempre he sabido que, si hubiera seguido indagando, todo habría acabado mal.



Ausencia de diciembre

Paola Fernández Garcimartín

Aula Hospitalaria Hospital Niño Jesús (Madrid)

Las finas hebras del pincel rozaron con delicadeza el lienzo ausente de vida. Un escalofrío sacudió el brazo de Anne, recorriendo su anatomía y haciéndola pestañear de la emoción. Cerró los ojos y se sumergió en un estado de paz interior que no se podía comparar con ningún otro sentimiento en el mundo. Visualizó miles de colores, formas, tamaños... un universo paralelo repleto de posibilidades que ella había hecho suyo, de nadie más, puesto que en aquel momento le pertenecía sólo a ella y tenía la capacidad de hacerlo realidad.

No supo con certeza el tiempo que estuvo inmersa en ese pequeño trance. Abrió los ojos con lentitud, como si fuesen cortinas cerradas a cal y canto. Le pesaban. A partir de aquel momento, todo fue rápido, como un río caudaloso, impaciente por llegar al mar. El lienzo se cubrió de pensamientos. Fue como si su mente se estuviese trasladando poco a poco al cuadro. Manejaba el pincel con soltura, realizando movimientos armónicos, coordinados perfectamente con sus dedos, haciendo complicado distinguir si su extremidad superior finalizaba en sus manos o en el pincel.

Se levantó de su pequeña y gastada silla de madera y echó un vistazo rápido a su obra. Una sonrisa enigmática se plasmó en el rostro de Anne, sin que ella pudiese evitarlo. No estaba orgullosa, simplemente disfrutaba del momento de libertad que conseguía retener en su pensamiento cuando inventaba, imaginaba, creaba. Era adictivo.

Alzó la pintura con ambas manos y buscó un hueco en la amplia pared de su estudio para colocarlo. Estaba repleto de cuadros de todo tipo, tamaño y estilo. Los había abstractos, que sugerían (con sólo echarles un vistazo) desde la más profunda tristeza, hasta una alegría indescriptible. Los más realistas solían ser retratos de personas sin demasiada expresión a simple vista, aunque la mirada de cada una de ellas estaba llena de historias, suplicando que alguien las liberase de esos ojos oscuros y melancólicos. Anne se dirigió a la única ventana que tenía. Adquirió un aspecto siniestro cuando el humo del cigarrillo que empezó a fumar la envolvió y las sombras que provocaban las cortinas a medio cerrar le rasgaban la cara. Una lágrima se deslizó por su pálida mejilla.

- ¡Anne Hadkins! ¡Abre la puerta o la tiro abajo!

Era la hora. Se secó la cara rápidamente y tiró el cigarrillo a la calle. Los músculos se le tensaron y empezó a palpar intensamente. Notó que el pecho se le salía cuando se acercó a la puerta. Aguardó unos instantes antes de abrir.

-¡No tengo todo el día!

Tomó un poco de aire y suspiró entrecortadamente. Sus manos temblaban mientras quitaba los cinco cerrojos que guardaban su estudio.

-Buenos días, Richie.

-¿Vas a dignarte a pagar?

-No ha sido un buen mes, la gente no compra ahora. Apenas tengo para comer...

-¡Estoy harto de tus excusas! ¡Llevas seis meses así! ¿Pretendes que me trague ese cuento? -su rugido la hizo temblar. Era un hombre corpulento, bastante mayor que ella, lo que hacía que le tuviera respeto. Su cabeza era diminuta comparada con su descomunal espalda, cubierta de una cazadora de cuero negra que jamás se separaba de él.

-Esta vez será diferente... Te lo prometo, sólo necesito un mes más -le dijo mirándolo con convicción, dejando a un lado sus miedos.

-¡Un mes! Si vuelve a pasar, atente a las consecuencias.

El hombre se despidió con un portazo que retumbó en todo el cochambroso edificio. Anne se quedó inmóvil, apenas podía respirar con regularidad. No había sido fácil seguir sus ideales y lo estaba pagando con su vida. Pintar era lo único que tenía sentido para ella, pero sus progenitores no habían estado tan de acuerdo, de modo que se marchó, llena de rabia, impotencia y sintiéndose enormemente incomprendida. "Rebeldía adolescente", pensaron sus padres. Anne tenía veinticinco años y no había vuelto a casa desde los diecisiete.

Sólo se sentía bien al pintar, expresando su furia contra la sociedad, que no le daba la oportunidad que se merecía. Sabía que le quedaba muy poco para renunciar a su sueño. Volvería a su hogar arrepentida, pidiendo perdón, reconociendo que ser

artista no tenía sentido, renunciando a lo que le daba fuerzas para levantarse de la cama cada mañana.

Pasó todo el día entre lágrimas, café amargo y tabaco. Buscando posibles soluciones. Cualquiera menos volver. Se sentía acorralada y el pequeño piso comenzó a echársele encima, por lo que decidió salir a tomar el aire. No había anochecido aún y soplaba un frío viento otoñal que se caló en sus huesos. Entró en la primera cafetería abierta y, mientras esperaba su manzanilla, empezó a garabatear en la servilleta dibujos sin sentido.

Un muchacho de cabello rojizo se fijó durante unos minutos en su peculiar pero atractivo aspecto descuidado. Al final, decidió acercarse, asegurándose de que estaba sola.

-¿Puedo acompañarla, señorita? -la miró con una sonrisa radiante, consciente de su encanto.

-Eh... sí, claro. -se ruborizó.

-Soy Daniel -mantenía la sonrisa y un extraño brillo destilaba de sus ojos color café.

-¿Qué buscas exactamente? -le preguntó mirándolo con desconfianza.

-Gente distinta. Estoy cansado de personas que actúan igual, siguiendo los mismos cánones de esta sociedad globalizada. Me gusta cómo eres, me gusta cómo contestas. No intentas ser educada, no tratas de caerme bien. Has tenido un mal día y no haces nada por ocultarlo. Créeme, hacía muchos años que no me encontraba con alguien así.

Por primera vez en toda la conversación, Anne levantó la vista

y puso atención en las palabras de aquel chico. Ella pensaba exactamente igual. No creía en el destino. Esas cosas no pasaban, por lo menos, no a ella. Pero allí estaban, compartiendo vivencias y opiniones. Conectaban.

Pronto se olvidó de todos los pensamientos que la turbaban. Sus deudas y su lucha por conservar aquello que más quería dejaron paso a sentimientos mucho más profundos.

-He de irme ya, ha sido un placer... -la miró afligido, intentando retenerla en el tiempo.

-Si te vas, me quedo en esta calle sin salida.

-Volveremos a vernos, lo prometo.

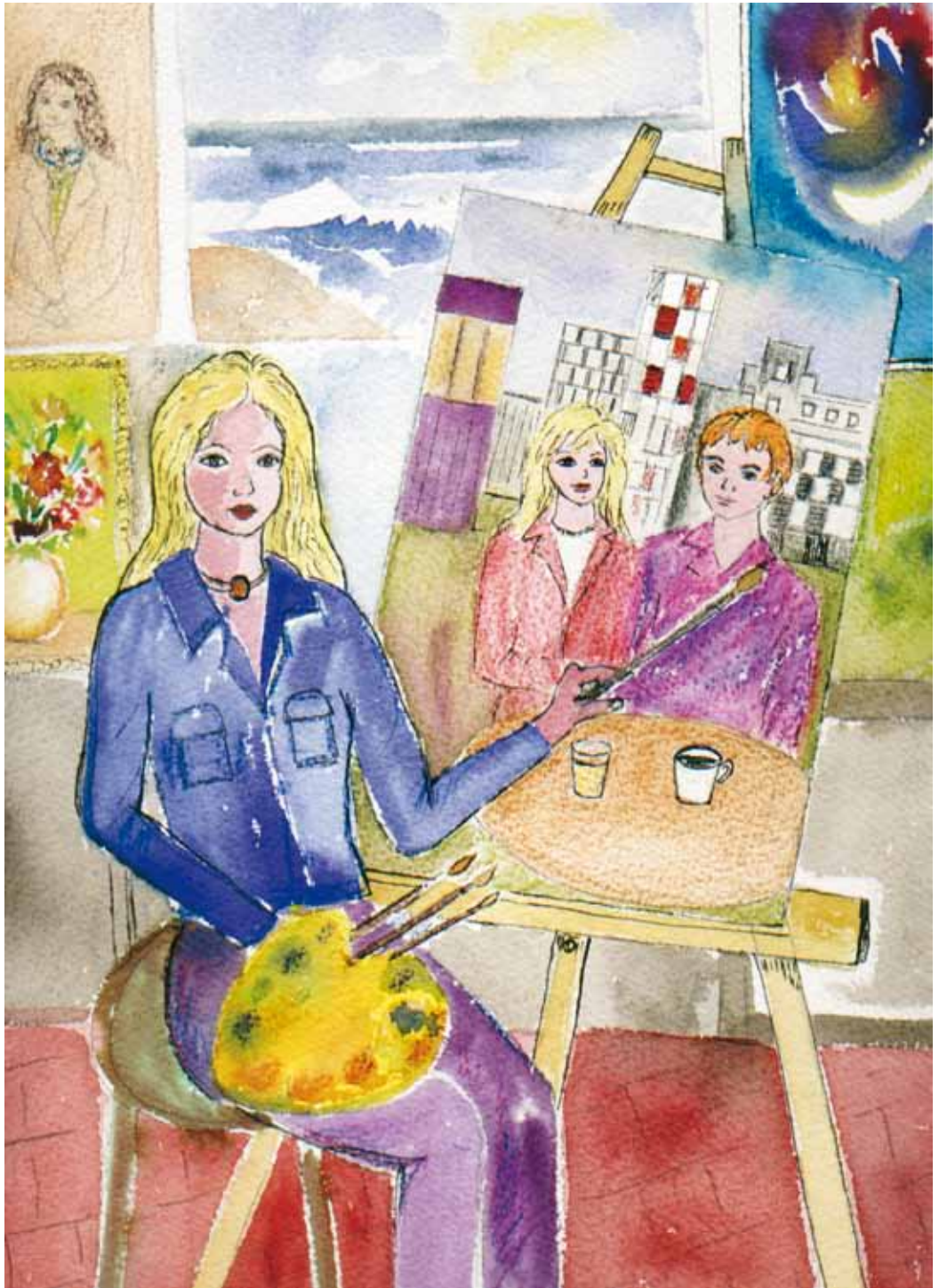
Y la vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido. Fue como una estrella fugaz que pasó rozándola con su luz, pero no le volvió a ver. Lo guardó en sus cuadros, como un tesoro y, cada vez que quiso tenerle cerca, volvía a recordar su sonrisa, cogía el pincel, y el muchacho se quedaba a su lado. Casualmente fue una de esas pinturas la que la convirtió en una figura pública, una pintora de prestigio. Nada pasa por casualidad, y aquella tarde le sirvió para recuperar la alegría, la independencia y mucho más. Quién sabe lo que le depararía el futuro. Era una joven promesa y tenía un talento abrumador.

Cinco años después...

Anne miraba por la ventanilla del viejo tren, ese tren que la llevaba fuera de allí, un tren que despedía toda la fama anterior. No fue por deseo propio. Lo intentó y falló. Ahora nada bastaba, todo quedaba atrás. Observaba cómo caían las gotas tras el cristal. Sí, llovía. Llovía pedazos de esperanza, intentos fallidos,

errores... Agachó la cabeza y abrió su maleta, que esparció miles de recuerdos y la placentera sensación de que quizá aún no era del todo tarde. Sonrió y se secó las lágrimas, se puso en pie y se dirigió a la puerta con un paso firme y decidido. No permitiría que las cosas quedaran mal, no sin motivo. Demasiado tiempo para dejar que se evapore en un solo instante. Sacó el móvil, y marcó un número de teléfono:

“Mamá, estoy en casa”.



El robo del stradivarius

Inés Palacín Pena

Aula Hospitalaria Hospital Niño Jesús (Madrid)

Hace siglos, en un pequeño pueblo de Italia, vivía un hombre llamado Stradivari. Se pasaba horas y horas creando pequeñas maravillas, a las que trataba como si fueran sus hijos. El máspreciado de todos los instrumentos que hacía era el violín. Cuando se oía tocar, desprendía un sonido que daba la sensación de estar vivo. Muchos querían copiar el sonido de este instrumento. Unos creían que sonaba así por el barniz usado por Stradivari. Otros decían que el punto clave era el tiempo que tomaba para secar las maderas de arce y abeto con que estaba construido. También lo atribuían al periodo de frío extremo que sufrió Europa en los años en que Stradivari vivió; una pequeña edad de hielo, pudo ocasionar que los árboles desarrollaran una fibra más compacta y con una mejor calidad mecánica sonora. Pero en esa época también se construyeron otros instrumentos que no sonaban tan bien. Otros creían que los Stradivarius se hacían con madera de barcos hundidos. Pero el único que sabía la fórmula de la creación de estos brillantes instrumentos era Stradivari.

Era una noche tormentosa, el viento silbaba entre las mojadas

y estrechas calles de Cremona, donde Stradivari tenía su taller, que se encontraba en el sótano de su hermosa casa, en el centro de la ciudad. No era un sótano tenebroso y sin luz, sino todo lo contrario. Tenía candelabros por todos los lados, que iluminaban las hermosas láminas de madera y las numerosas vitrinas que guardaban las hermosas obras de arte del genial luthier.

- No sois cualquier instrumento. Para mí sois parte de mi alma. Quiero que, cuando froten en vosotros el arco, las notas que emitáis sean más hermosas que el susurro del mar, que desprendan más color que el bonito arco iris y que sean más dulces que la nana de una madre a su hijo -exclamó Antonio Stradivari -Eso es lo que sois para mí, mis hijos, mi mayor tesoro.

Recogió con gran mimo, como si se tratara de un bebé recién nacido, su última creación. Una hermosísima obra de arte: un violín 4/4 de madera de abeto y arce, con una hermosa filigrana alrededor de su caja. Se lo puso en el cuello y, agarrando un arco con cerdas de cola de caballo, cerró sus ojos y frotó la cuerda, con la armonía de la Sonata del sol menor de Vivaldi. De sus ojos brotaba la emoción, la misma que siente un padre con el sonido de las primeras palabras de su hijo. Después lo dejó en una vitrina que había construido especialmente para el hermoso violín.

Antonio Stradivari se echó a dormir. Esa noche tuvo un sueño espantoso, de repente se abría la ventana de golpe por el gran viento de la tormenta y aparecía una figura flotando. Sonó un trueno y Stradivari se levantó alarmado, fijó la mirada en la ventana y vio que estaba abierta de par en par. Luego la fijó en sus instrumentos y vio una sombra acercarse hacia el violín que había acabado de construir ese mismo día. Encendió rápidamente

la vela que tenía en la mesilla. La sombra se hizo más clara y, efectivamente, ¡era un ladrón! En cuanto el ladrón vio la luz, echó a correr hacia la ventana. Antonio Stradivari fue detrás de él con un palo en la mano, pero el hombre desapareció por la ventana.

Stradivari, triste y decepcionado, se quedó sentado, llorando junto a sus instrumentos. Miró a ver si le habían robado algo más. Sólo echó de menos a su pequeño violín, pero le dolía en el alma, porque como ya os he contado, para él sus creaciones eran como sus propios hijos.

-¡Oh, pequeños! No os ha hecho nada malo a vosotros. ¡Sinvergüenza! Iré a buscarlo, no os preocupéis. No pararé hasta encontrarlo. No sabe ese hombre que ha robado en el sitio equivocado -dijo Antonio Stradivari enfurecido y desesperado.

Los instrumentos sonaban tristes por la pérdida de su hermano.

Mientras tanto, el violín arrebatado se encontraba asustado en un mugriento saco. El ladrón y la voz de un desconocido discutían sobre su precio. El desconocido tenía un acento turco.

-Te vendo el violín por cien marcos, ni uno menos- decía el ladrón.

Después el ladrón le enseñó el violín que tenía dentro el saco. Cuando éste lo vio, aceptó su oferta sin vacilar.

Cuando el ladrón se fue, el desconocido dijo:

-Mira qué pringado. Por esta maravilla sacaré más de nueve mil marcos y me haré rico.

Al día siguiente, apareció un señor junto con su hijo en la tienda. Un joven niño prodigio.

-Juan Sebastián, elige el violín que más te guste. Con el último premio que has obtenido, puedes comprarte el que tu desees -dijo el padre, orgulloso con el fajo de dinero en la mano.

Juan Sebastián fue observándolos uno a uno, hasta que le llamó la atención un violín hermoso, de una madera espléndida y con un dibujo espectacular alrededor de la caja.

- ¡Éste, padre!- dijo el niño con mucha emoción.

Cuando lo tuvo en las manos, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Tocó una de sus obras para violín. En sus manos, el pequeño violín se sintió rescatado y feliz. Por su parte, el niño sintió como si aquel violín hubiese sido suyo toda la vida. Tal conexión se apoderó de ellos, que Juan Sebastián no dudó ni un segundo que aquel era el violín perfecto.

-Padre, definitivamente quiero éste. Es perfecto, una auténtica maravilla.

-Vale, hijo, ¿estás seguro?-preguntó su padre.

-Por supuesto, padre. Es perfecto en todos los sentidos - dijo el niño sin soltarlo de las manos.

-¿Cuánto pides por él? -preguntó el padre al vendedor.

-Pues ese violín vale por lo menos nueve mil marcos. Pero por ser tú, te lo dejo en ocho mil marcos -dijo el vendedor con los ojos fijos en el dinero.

-Perfecto, tome usted -finalizó el padre- Es mucho dinero, pero seguro que esta obra de arte vale esto y mucho más.

Aquella misma semana se celebraba en el palacio Real de Viena,

en Austria, un espléndido concierto al cual iba a asistir toda la nobleza del centro de Europa, para celebrar el aniversario de los reyes, por lo que el director de la orquesta Filarmónica pidió a Antonio Stradivari que si, por favor, le podía prestar algunos de sus instrumentos por tratarse de una celebración especial.

-Querido director, sin problema, te dejaré los violines. Pero yo iré para asegurarme a quienes los prestas, ya que estos tienen que estar en buenas manos- dijo Stradivari.

-Sin problema. Entonces el miércoles te vienes a Viena, al Conservatorio, para ensayar. Muchísimas gracias por todo -dijo el director.

-Perfecto, allí estaré -dijo Stradivari.

Antonio Stradivari se preparó para el viaje. Cogió todos los instrumentos y se puso en marcha hacia Viena. Tras un largo viaje, el luthier fue a casa del director. Éste le invitó a pasar y le enseñó la habitación de invitados. Stradivari se acomodó y preparó sus instrumentos para el miércoles.

- Muchas gracias otra vez por tu generosidad -dijo el director.

Llegó el miércoles, el esperado día. Todo estaba espléndido en el Palacio Real. Príncipes, princesas, reyes y reinas, y también las más altas personalidades de la nobleza europea, lucían sus mejores galas. Era una noche maravillosa, una noche mágica, donde se predecía que sucedería algo especial.

Se apagaron las antorchas y candelabros que iluminaban los jardines del palacio y sólo quedó iluminado el escenario donde tocaba la Orquesta Filarmónica. Los violines del maestro Stradivari comenzaron a sonar como coros de ángeles. De repente, se levantó

un joven talento con un hermoso violín en sus manos. Se trataba de Juan Sebastián Bach, que comenzó su solo de violín, emitiendo unas notas que se asemejaban al vuelo de las mariposas, llegando a los oídos del gran maestro luthier, que estaba sentado junto al palco. Éste se levantó. ¡Conocía perfectamente ese sonido! Embelesado, se dirigió hacia el escenario, con lágrimas en los ojos.

-No puede ser...Mi pequeño, ¡por fin te he encontrado! -exclamó Stradivari.

Los demás violines comenzaron a acompañar al solo, sonando con más fuerza y armonía que nunca. Por fin estaban todos juntos.

Fue un concierto magistral. Cuando acabaron las últimas notas el público se puso en pie, aplaudiendo con mucha intensidad.

Los reyes se emocionaron y se pusieron en pie. También mostraron un cariñoso beso.

Juan Sebastián, que asistía a las clases de violín, fue corriendo a su profesor a enseñarle el fantástico violín. El profesor lo examinó y lo probó.

-¿Dónde lo has comprado?-preguntó asombrado por la increíble pieza que tenía su alumno.

-En la tienda de música que está cerca de la plaza -respondió.

-Buena elección, Bach, es un violín muy valioso, tiene un sonido increíble, precioso... Es asombroso lo bonito que es -felicité el profesor a su alumno por su elección.

-No tardé ni dos segundos en elegir. Lo tenía clarísimo y me

he estado preparando la pieza que tocaré como solista en el próximo concierto.

Entonces, Juan Sebastián se puso a tocar con un sentimiento único.

El profesor se emocionó al ver el talento que había creado y también por la musicalidad de aquel par de joyas.

-Juan Sebastián Bach, llegarás muy lejos en la vida. Y cuida muy bien ese violín. Es sólo tuyo y lo tienes que querer. Y te tiene que durar hasta que seas viejo... y aún más. Es una joya, una auténtica perfección y compenetráis muy bien. Parece que tanto tú, como él, os habéis elegido bien. Nunca olvides lo que te dice este viejo. Y en el concierto te darás a conocer a todo el mundo. Eres el mejor alumno que un profesor puede tener. Ensaya mucho y verás que bien te irá en el concierto -le dijo el profesor.

-Muchas gracias por enseñarme y por ser tan buen profesor. Te prometo que cuidaré de este violín como si fuese mi hijo-contestó.

El director de la gran Orquesta Filarmónica, se acercó al luthier para presentarle al joven talento.

-Su interpretación ha sido mágica. El sonido de esta maravilla en sus manos, ha sido lo más hermoso que he escuchado jamás. Pero disculpe, señor, mi atrevimiento, ¿dónde ha conseguido este hermoso violín?-

-Me lo regaló mi padre. Lo compró en la tienda de música que está cerca de la plaza, la del señor John Jackson.

Antonio Stradivari le contó la historia del robo y ambos

comprobaron que el violín era aquel que robaron del sótano del maestro. Al día siguiente, fueron con los policías a la tienda de música y el Sr. John Jackson les informó acerca de quién se lo había vendido a él. De este modo, tirando del hilo, llegaron al ladrón, que fue encarcelado de inmediato.

-Maestro Stradivari, le devuelvo su violín, y siento todos los incidentes por los que ha tenido que pasar.

-No, mi pequeña obra no puede estar en mejores manos. Contigo y tu talento mi violín cada día se hará más poderoso. Gracias a ti por haberlo encontrado.



El último suspiro

Triana del Real Fernández-Bada

Aula Hospitalaria Hospital Niño Jesús (Madrid)

Dicen que uno, cuando está cerca de la muerte, ve su vida pasar delante de sus ojos. Que se acuerda de todos los momentos que han marcado su paso por el mundo. Que, como si estuviera andando por un túnel oscuro, va hacia la luz deslumbrante que ve delante de sí.

A muchos les ocurre que el miedo paraliza cada músculo de su cuerpo porque sienten que ha llegado su momento. Pero ¿yo? Yo siento una serenidad pasmosa. Siento que he aprovechado cada momento de mi existencia y no me arrepiento de ninguno de mis actos, de ninguno de mis pensamientos.

¡Bam! El ruido de un fusil a lo lejos me sobresalta. Después de ese ruido viene el esperado alarido desgarrador y agonizante. Es tan horrible que hace que me estremezca. Pero, tan rápido como se ha oído el disparo, vuelve a haber silencio. Ese silencio que significa que alguien más ha perecido. ¿Cuántos lo han hecho ya? Ya perdí la cuenta hace tiempo...

Ahora, a lo lejos, puedo oír los sonidos de las bombas cayendo

sobre la ciudad. Es horrible ver como la ciudad donde has vivido va cayendo, poco a poco, bajo las bombas de la opresión, del miedo y de la injusticia. Es horrible ver a la gente en las esquinas pedir algo de comer a los soldados. Pero peor es ver la respuesta de los soldados, que muchas veces pasa por escupir en las manos de los pedigüños. ¿Es así de verdad como tiene que funcionar el mundo?

Mientras que a muchos les angustia tener que luchar, a mí me angustia no poder hacer nada. Siento una impotencia que me paraliza, pues sé que mi sitio está ahí fuera, luchando por la libertad y, en vez de eso, estoy aquí encerrado sin poder hacer nada. Parece que las cuatro paredes de esta celda cada día se reducen más. Cada día estoy más encajonado y más desesperado.

Es cierto que mi vida no ha sido precisamente fácil. Ya lo dije en *El rayo que no cesa* "Como el toro ha nacido para el luto". Pero mientras que muchos (tan débiles, qué rabia me da incluso hablar de ellos) han caído en las redes del enemigo (¿cómo han sido capaces de hacerlo?) yo nunca lo haría. Siempre he creído que se puede sacar partido al dolor y la desesperanza para seguir adelante, luchando por mí y sobre todo por mi familia, en la que pienso cada momento del día. Aunque bueno, probablemente hayan sucumbido ante el hambre, ese monstruo que va poco a poco dejándote sin fuerzas hasta que desapareces, te evaporas. O ante el miedo. El miedo que se agarra a tu mente y no te suelta hasta que quedas asfixiado. ¡Cómo me gustaría poder verles una vez más! Poder al menos sentir su cariño una última vez... ¿Cómo es posible que pueda morir tanta gente por una causa tan injusta?

Mientras que los inocentes luchan con cualquier arma que

encuentran en cualquier lugar, "Ellos" están bien organizados, saben qué hacer, por dónde atacar, hacia dónde avanzar. Eso es... es falta de organización. Lo que nos ha hecho perder batallas es habernos confiado en que "Ellos" no podrían con nosotros. ¿Por qué no se dio cuenta antes Azaña de que "Ellos" tenían posibilidades de ganar? ¿Por qué en vez de separarles no les encerraron?

Sé que es fácil echar la culpa ahora a alguien que quizás no la tenga, ya sé que es difícil tomar decisiones cuando éstas hablan por toda una nación, pero quizás, si alguien de arriba se hubiera dado cuenta, ahora nos estaríamos ahorrando todo este sufrimiento.

Ya siento como poco a poco me ahogo. Mis pulmones se van llenando de agua. Pero si bien el dolor físico es agónico, peor es el dolor que siento en el alma, como si el corazón se me resquebrajase. Me van faltando las fuerzas, ya me queda poco tiempo. ¿Estaré delirando? No lo sé, lo único que sé es que estoy tan cansado...

[Miguel Hernández murió en la cárcel de Alicante en el año 1942].



Aprendiendo a escuchar

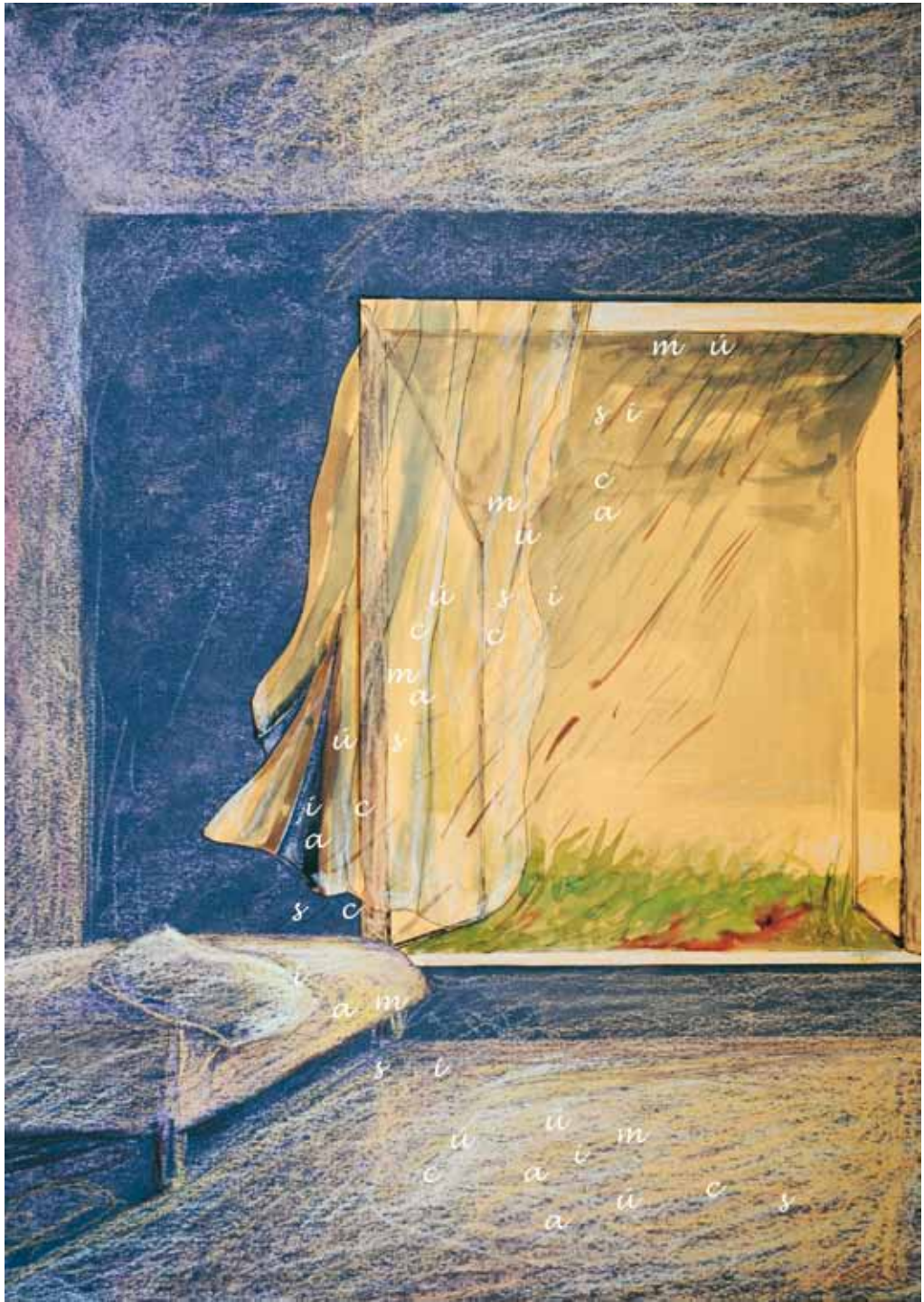
Arantxa Gil Martín

Aula Hospitalaria Hospital "Gregorio Marañón" (Madrid)

19 de Noviembre de 2004, las 9:45 de la mañana. De pronto, comencé a escuchar el suave crepitar de la lluvia que golpeaba sin cesar la ventana de mi cuarto. Abrí los ojos y la clara luz que traspasaba la cortina de lino me creó una sensación de seguridad y bienestar. Desde pequeña, siempre deseaba que lloviese a más no poder, simplemente por el hecho de que me encantaba oír a todas horas el sonido y la melodía arrítmica que producía cada una de las gotas que caían del inmenso cielo de color grisáceo. Me levanté de la cama, perezosa, y me acerqué para poder ver el exterior. Estaba todo absolutamente mojado y, el aroma a césped recién cortado y empapado, no cesaba. En ese mismo momento me di cuenta de algo que suponía que cambiaría mi vida para siempre. Me acerqué al aparato de música y encendí la radio. Comenzó a sonar una canción que me era familiar pero que, extrañamente, jamás había escuchado. Cambié de emisora y pasó exactamente lo mismo. Empecé a pensar que era un día extraño, pero con un toque de calidez y de importancia. Apagué la radio y puse uno de mis discos favoritos. Le di al play y el CD comenzó a girar. Que la primera canción de aquel disco comenzara a sonar,

significó la pista definitiva de lo que me estaba pasando: estaba aprendiendo a escuchar la música. Sé que sonará algo raro, pero es algo absolutamente normal. Siempre había pensado que escuchar música es poner la canción que más te gusta, tumbarte en cualquier lugar y dejarte llevar. Pero ese día descubrí que escuchar música es realmente sentir cada tono, cada altibajo, cada vocal dentro de ti. Lo que estaba haciendo antes era, tan solo, oírla. Pero a partir de ese día tan especial todo en mí cambió. Si escuchaba una melodía alegre, sentía como si cada célula de mi cuerpo cobrara vida fuera de mi ser y comenzara a crear una danza al son del ritmo; como si el ambiente, el aire que respiraba cambiara a un tono azul, a un todo de libertad. Si escuchaba una melodía triste, sentía como si todo lo que me rodeaba se volviese de un color gris; como si me invadiera la melancolía y la nostalgia que sentía el propio autor. Pero, si por el contrario, escuchaba una melodía neutra (ni alegre ni triste), mi cuerpo y mi mente me pedían ausentarme de la realidad en la que vivía, para poder viajar al mundo del sol, donde todo es posible si le pones imaginación y ritmo.

Desde aquel día comencé a pensar y a darme cuenta de que la música significaba la puerta a lo desconocido, pero totalmente agradable. La música aporta ganas de vivir a la propia vida, por ello no podemos dejar de escucharla, ni incluso sentirla.



Hospitales participantes en el V Certamen de Relatos “En mi verso soy libre”

ANDALUCÍA

Servicio de apoyo educativo. Cadiz

CATALUÑA

Aulas Hospitalarias Hospital Clinic. Barcelona

CANTABRIA

Aulas Hospitalarias Hospital “Marqués de Valdecillas”.
Santander

CANARIAS

Aulas Hospitalarias Hospital Materno Infantil. Las Palmas

CASTILLA LA MANCHA

Aulas Hospitalaria Hospital General Universitario. Ciudad
Real

CASTILLA-LEÓN

Aulas Hospitalarias Hospital Clínico Universitario.
Aulas Hospitalarias Hospital “Rio Hortega”. Valladolid

COMUNIDAD VALENCIANA

Aulas Hospitalarias Hospital “La Fe”. Valencia

COMUNIDAD DE MADRID

Aulas Hospitalarias Hospital “Ramón y Cajal”. Madrid
Aulas Hospitalarias “Hospital Niño Jesús”. Madrid
Aulas Hospitalarias Fundación Hospital de Alcorcón.

Aulas Hospitalarias Hospital "Gregorio Marañón". Madrid
Aulas Hospitalarias Hospital Universitario. Fuenlabrada

GALICIA

Aulas Hospitalarias Hospital "Xeral Cíes". Vigo

PAÍS VASCO

Aulas Hospitalarias Hospital de Santiago Apostol. Vitoria
Unidad Educativa Hospital Txagorritxu. Vitoria

PRINCIPADO DE ASTURIAS

Aulas Hospitalarias Hospital Clinico Universitario de
Asturias. Oviedo

REGIÓN DE MURCIA

Aulas Hospitalarias H.U. "Virgen de la Arrixaca". Murcia
Aula Hospitalaria H.U. "Santa Lucía". Cartagena
Aula Hospitalaria H.G.U. "Reina Sofía". Murcia.
Aula Hospitalaria H.G.U. "Morales Meseguer". Murcia
Servicio de Apoyo Educativo Domiciliario. Murcia

EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2012. V Certamen Nacional de Relatos.

Este libro está compuesto por relatos presentados en el Certamen Nacional de "En mi verso soy libre", organizado por la Consejería de Educación, Formación y Empleo a través de la Dirección General de Planificación y Ordenación Educativa, dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y de Apoyo Domiciliario del Estado Español.

Los cuentos de la presente edición versan sobre la creación artística y literaria. Estos cuentos son una muestra de imaginación y creatividad

que nos trasladan al mundo mágico, del escritor, del pintor, del músico, del artista en general.

Las historias transmiten al lector las emociones y vivencias que envuelven el proceso de creación artística. De este modo, aparecen la inspiración, la imaginación, el sentimiento de amor por la obra creada, pero también el bloqueo del artista o la inseguridad. Son relatos en los que queda plasmado que el arte es un camino que se sustenta en el trabajo, el aprendizaje y el esfuerzo personal.

www.educarm.es/publicaciones

ISBN 978-84-695-3055-9



9 788469 530559



montena

